

Octubre 2011 10

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Acto académico. Inauguración del curso académico 2011-2012. Universidad San Dámaso 791
- El Sí a Jesucristo de la JMJ 2011 y nuestro sí en la Archidiócesis de Madrid al iniciarse el curso 2011-2012 797
- Carta del DOMUND 2011 801
- Amar a la Iglesia para amar a Jesucristo 805

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decreto La Unión "Aeque Principaliter" de las parroquias de San Francisco Javier y San Luis Gonzaga, de Madrid 808
- Capellanía para inmigrantes chinos 810
- Nombramientos 811
- Defunciones 815
- Actividades Sr. Cardenal. Octubre 2011 817

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Felicitación de Su Santidad Benedicto XVI a Monseñor Juan Antonio Reig Pla 819
- Benedicto XVI y los delegados de la Pastoral Familiar y de Defensa de la Vida de España felicitan a Monseñor Reig Pla 820

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 822
- Ordenaciones 823
- Actividades del Sr. Obispo. Octubre 2011 824

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Ceremonia de Ordenación de presbíteros y diáconos 829
- Carta con motivo del DOMUND 2011 835

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 837
- Defunciones 839
- Información. Ordenaciones 840

Conferencia Episcopal Española

- Nota del Comité Ejecutivo. Los obispos se solidarizan con los cristianos coptos de Egipto 841
- Nota de la Comisión Permanente. Ante las elecciones generales de 2011 843

Iglesia Universal

- Carta Apostólica en forma motu Proprio Porta Fide del Sumo Pontífice Benedicto XVI con la que se convoca el Año de la Fe 847

Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo "Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz" ASIS 2011

- Audiencia general 860
- Intervención del Santo Padre 866
- Palabras en la conclusión de la Jornada 871
- A las delegaciones que participaron en el encuentro 873

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.com - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXVIV - Núm. 2837 - D. Legal: M-5697-1958



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

**ACTO ACADÉMICO
INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO 2011-2012
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO**

3 de octubre de 2011



Eminentísimo Sr. Prefecto de la Congregación para la Educación Católica, Cardenal Grocholewski, [Excmo. Sr. Nuncio Apostólico de su Santidad en España], Excmos. Sres. Arzobispos y Obispos, Excmo. Sr. Secretario de Estado, Ilmo. Sr. Director General de Universidades, Magníficos Rectores y autoridades académicas de las Universidades que hoy nos acompañan, miembros de los órganos de gobierno de la Universidad, estimados profesores, alumnos y miembros del personal de la Universidad:

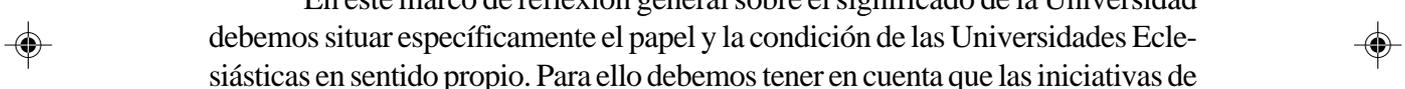
La inauguración de este primer año académico de nuestra Universidad constituye una ocasión propicia para reconocer las razones que han movido y mueven a la Iglesia en Madrid para promover la Universidad Eclesiástica San Dámaso.

Su Santidad Benedicto XVI, durante el ya memorable encuentro en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial con jóvenes profesores universitarios, en el marco de la Jornada Mundial de la Juventud, nos recordaba explícitamente que



“la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. Jn 1,3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios” (Benedicto XVI, *Encuentro con los Jóvenes Profesores Universitarios*, El Escorial 19 de agosto de 2011).

El Papa elige, para ilustrar la naturaleza de la Universidad, la imagen de una “casa donde se busca la verdad”. Se trata de una metáfora muy significativa. Una casa, en efecto, hace referencia ante todo a la familia que la habita. La casa, por ello, indica la presencia de una comunidad, en nuestro caso la comunidad académica constituida por sus autoridades, los profesores, los alumnos y todo el personal universitario. La casa, además, es un lugar identificable y, en este sentido, público: tal y como lo debe ser la universidad, llamada a participar según su propia naturaleza en la obra compartida de la edificación del bien común. En fin, la casa es normalmente una realidad estable, sólidamente construida y duradera.



En este marco de reflexión general sobre el significado de la Universidad debemos situar específicamente el papel y la condición de las Universidades Eclesiásticas en sentido propio. Para ello debemos tener en cuenta que las iniciativas de la Iglesia, cualquiera que sea su naturaleza y meta, siempre responden a una doble coordenada propia del peregrinar histórico del pueblo de Dios. Por una parte responden a la constitución divina de la Iglesia, al mandato misionero de Jesús resucitado: «*Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio*». Por la otra, en el desarrollo específico de sus iniciativas, se responde a las circunstancias históricas –geográficas, temporales, sociales, políticas, culturales...- en las que vive la Iglesia. De este modo, también las iniciativas educativas que la comunidad cristiana propone en cada momento piden ser consideradas no sólo a partir de la misión evangelizadora de la Iglesia, sino también teniendo en cuenta el marco histórico en el que nacen.

Esta consideración se aplica de manera del todo particular al nacimiento de las Universidades Eclesiásticas a partir de la segunda mitad del siglo XIX en Europa y, por tanto, en España. La historia particular de nuestra nación sitúa la época del nacimiento de la institución universitaria en la Edad Media –como fue el caso de Salamanca, junto a París y a Bolonia– y la de su esplendor en lo que se ha venido a llamar la edad de oro de la Segunda Escolástica. Las disciplinas eclesiológicas fueron cultivadas en nuestras universidades con gran rigor y fecundidad durante los siglos XVI y XVII, y la larga serie de eximios teólogos, filósofos, canonistas y filólogos de



entonces es bien conocida por todos. Por diferentes causas históricas, poco a poco, dicha época dorada fue perdiendo vigor espiritual y profundidad intelectual, con lo que la influencia del pensamiento ilustrado y del liberalismo racionalista fue considerando progresivamente la presencia de la Iglesia en la Universidad como algo al menos inútil, cuando no decididamente nocivo.

No es este el momento, obviamente, de detenerse en la historia detallada de la supresión de las facultades de Teología en la universidades españolas. Vale la pena, sin embargo, citar el artº 19 del Decreto de 21 de octubre de 1868, en el que, al fijarse la apertura del curso académico 1868-1869 se procedió a la disolución de la Facultad que había estado en el origen de la propia Universidad. Dicho artículo decía así: “Se suprime la Facultad de Teología en las Universidades: los Diocesanos organizarán los estudios teológicos en los Seminarios, del modo y en la forma que tengan por más convenientes”. La exposición de los motivos de dicha normativa resulta extraordinariamente ilustrativa: “La Facultad de Teología, que ocupaba el puesto más distinguido en las Universidades cuando eran Pontificias, no puede continuar en ellas. El Estado, a quien compete únicamente cumplir fines temporales de la vida, debe permanecer extraño a la enseñanza del dogma y dejar que los Diocesanos la dirijan en sus Seminarios con la independencia debida. La ciencia universitaria y la Teología tienen cada cual su criterio propio, y conviene que ambas se mantengan independientes dentro de su esfera de actividad... La política, pues, de acuerdo con el derecho, aconsejan la supresión de una Facultad en que sólo hay un corto número de alumnos, cuya enseñanza impone al Tesoro público sacrificios penosos, que ni son útiles al país ni se fundan en razones de justicia”. Como se puede ver, el decreto decimonónico baraja diferentes motivos: la separación Iglesia-Estado, la salvaguardia de la independencia de la Iglesia, el peso para el erario público..., pero, sobre todo, la supuesta heterogeneidad entre las ciencias teológicas y las profanas. En todo caso la supresión de las facultades de Teología en las Universidades españolas se convirtió, de hecho, en un proceso irreversible. Un destino similar tuvieron las facultades italianas y francesas, a diferencia de las alemanas.

De esta manera las Diócesis españolas tuvieron que empeñarse en la promoción de estudios teológicos vinculados a los Seminarios. Este fue el caso también de la Diócesis de Madrid. Transcurridos los dos primeros decenios de vida diocesana y tras los primeros pasos del seminario en los locales del obispado en la calle de la Pasa, en 1906 se inauguró en el lugar que vio el palacio de los Duques de Osuna, el edificio de estilo neomudéjar de la nueva sede del Seminario Conciliar. Obviamente



en dicha sede tuvo lugar el inicio de la actividad docente propia de la formación para el ministerio sacerdotal. Una actividad que, sólo sesenta años más tarde, en 1967, dio lugar al Estudio Teológico, afiliado en aquel mismo año a la Universidad Pontificia Comillas. En dichos decenios, en efecto, se habían desarrollado también en España, gracias a la reforma de la Constitución Apostólica *Deus scientiarum Dominus* de Pío XI, las primeras universidades eclesiásticas.

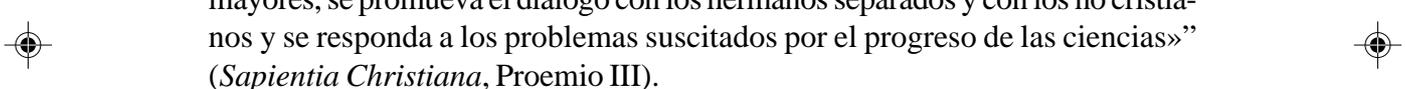
Desde el año 1906, pasando por el año 1967, hasta llegar a la presente inauguración de la neonata Universidad Eclesiástica San Dámaso, ha transcurrido entre los muros de esta casa un siglo de estudios eclesiásticos. Ya a partir de los años 40, figuras como Manuel García Morente en el ámbito filosófico o Salvador Muñoz Iglesias, en teología bíblica, nos ofrecen significativas muestras de la fecundidad del trabajo académico desarrollado en lo que ha llegado a ser la Universidad Eclesiástica San Dámaso. En dicho itinerario cabe destacar los fecundos años de trabajo y colaboración entre profesores provenientes de la vida eclesial y los Institutos especializados del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* (Francisco Suárez, Enrique Flórez, Raimundo de Peñafort, entre otros). ¿Podrían ser valorados como un ejemplo paradigmático de lo que supone la colaboración entre distintas disciplinas científicas? En este sentido, que la Facultad de Teología San Dámaso se hiciera cargo ya en los años 90 de dos importante cabeceras entre las Revistas científicas de ámbito teológico, como son *Revista Española de Teología* y *Estudios Bíblicos* es un signo de la voluntad de dar continuidad, de un modo ciertamente distinto, a aquella historia de presencia científica de los eclesiásticos españoles en las instituciones oficiales de investigación. Algo similar, ya en el ámbito de las instituciones sociales, se puede decir de la decisión de acoger entre nuestros muros la rica biblioteca de estudios hispánicos y filológicos de la *Görresgesellschaft* en España.

A partir de este brevísimo recorrido histórico que sitúa el nacimiento de San Dámaso en el marco del itinerario de las instituciones educativas superiores de la Iglesia en España, y que no tiene ninguna pretensión de recoger exhaustivamente las ricas contribuciones que han provenido de otras muchas instituciones eclesiales y sociales, es importante, al inicio de esta nueva etapa, reconocer las razones por las que la Iglesia ha mantenido la posibilidad de erigir Universidades Eclesiásticas y no se ha conformado con la promoción de las llamadas Universidades Católicas. Razones que explican, además, muy bien el trasfondo doctrinal y pastoral del intenso proceso de desarrollo académico, que ha concluido felizmente con la erección de la Universidad Eclesiástica de San Dámaso, que comienza a escribir hoy el capítulo



inicial de su historia, que deseamos y esperamos con la gracia de Dios sea fecunda en el servicio de la fe y de la Iglesia.

Las Universidades católicas, recuerda el número 10 de la declaración *Gravissimum educationis* del Concilio Vaticano II, promueven que se haga “por decirlo así, pública, estable y universal la presencia del pensamiento cristiano en todo esfuerzo encaminado a promover la cultura superior”. Se trata, por tanto, de instituciones llamadas a cultivar todo tipo de ciencias y disciplinas. Las Universidades Eclesiásticas, en cambio, “se ocupan especialmente de la Revelación cristiana y de las cuestiones relacionadas con la misma y por tanto están más estrechamente unidas con la propia misión evangelizadora. A estas Facultades ha confiado ante todo la importantísima misión de preparar con cuidado particular a sus propios alumnos para el ministerio sacerdotal, la enseñanza de las ciencias sagradas y las funciones más arduas del apostolado. Conciérne asimismo a estas Facultades «el investigar más a fondo los distintos campos de las disciplinas sagradas, de forma que se logre una inteligencia cada día más profunda de la sagrada Revelación, se abra acceso más amplio al patrimonio de la sabiduría cristiana legado por nuestros mayores, se promueva el diálogo con los hermanos separados y con los no cristianos y se responda a los problemas suscitados por el progreso de las ciencias»” (*Sapientia Christiana*, Proemio III).



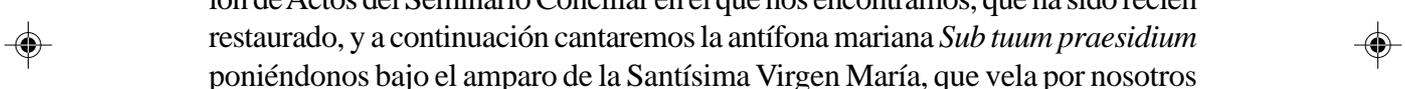
Aquí se encuentra la descripción somera pero muy completa de las razones y los objetivos que han urgido a la Archidiócesis de Madrid y a toda la Provincia Eclesiástica a promover la erección de la Universidad Eclesiástica San Dámaso.

Es este pues el momento de agradecer públicamente a Su Santidad Benedicto XVI el don que nos ha hecho de la nueva Universidad. Como Gran Canciller, y en comunión plena con mis hermanos los Obispos de la Provincia Eclesiástica, los Obispos de Getafe y Alcalá de Henares y los Auxiliares de Madrid, quiero expresar a nuestro Santo Padre nuestros sentimientos de profunda gratitud por la exquisita cercanía con la que ha seguido y acompañado la historia joven de “San Dámaso” y por la delicadeza de que se fechase el Decreto el 25 de julio, Fiesta de Santiago Apóstol Patrón de España, en la Proximidad de la JMJ 2011 en Madrid. Lo hago a través del Prefecto de la Congregación para la Educación Católica, el Eminentísimo y Reverendísimo Sr. Cardenal Zenon Grocholeswki, que ha tenido la exquisita deferencia de querer acompañarnos en este día tan señalado. Somos conscientes del cuidado y la atención con la que la Congregación ha seguido y dirigido el desarrollo de nuestros Centros Académicos y se lo agradecemos de corazón.



Mi agradecimiento va finalmente a todos los profesores, del pasado y del presente y quiere ser simultáneamente una palabra de ánimo y una invitación al “duc in altum” - “al remar mar adentro” - en ese diálogo fe y razón al que tanto nos urge Benedicto XVI. La belleza del inicio de una Universidad, como la nuestra, es sólo comparable al carácter arduo de la empresa. A todo el personal universitario de la casa, vayan también mi estima, mi saludo más cordial y una gozosa llamada a la esperanza.

A los alumnos, quiero y debo decirles que la Universidad existe en función del itinerario no sólo académico, sino también del humano, espiritual y eclesial de sus estudiantes. Vosotros -¡vuestra vocación!- sois su principal e inmediata razón de ser. Sin vuestra presencia, vuestra participación y el proyecto de vuestras vidas como respuesta al Señor en la Iglesia y en la sociedad, San Dámaso no podrá desarrollarse ni cumplir la misión para la que ha nacido. Grande es la oportunidad y la gracia que se os ofrece y no menor vuestra responsabilidad.



Para concluir este acto solemne vamos a bendecir las instalaciones del Salón de Actos del Seminario Conciliar en el que nos encontramos, que ha sido recién restaurado, y a continuación cantaremos la antífona mariana *Sub tuum praesidium* poniéndonos bajo el amparo de la Santísima Virgen María, que vela por nosotros como Madre que es de la Iglesia y Madre nuestra.

“EN NOMBRE DE SU SANTIDAD EL PAPA BENEDICTO XVI, QUEDA INAUGURADO EL CURSO ACADÉMICO 2011-2012 EN LA UNIVERSIDAD ECLESIASTICA SAN DÁMASO”.



EL SÍ A JESUCRISTO DE LA JMJ 2011
Y NUESTRO SÍ EN LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID
AL INICIARSE EL CURSO 2011-2012

Madrid, 8 de octubre de 2011



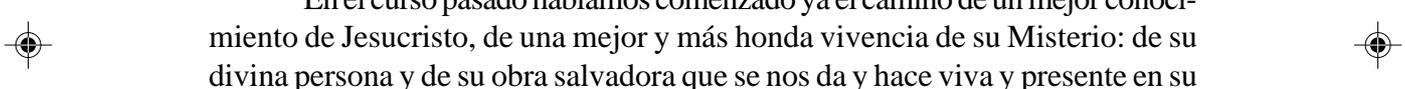
Mis queridos hermanos y amigos:

Son muchas las facetas excepcionalmente ricas en contenidos espirituales y pastorales que pueden destacarse en la celebración de la JMJ-2011. Si hay una, sin embargo, absolutamente definitoria de lo que fue ese portentoso acontecimiento de Gracia es la de haber constituido “un rotundo Sí” a Jesucristo, Salvador del hombre, vivido y celebrado por toda la Iglesia con sus jóvenes, venidos de todos los rincones del planeta, y proclamado ante el mundo y para las nuevas generaciones del siglo XXI con la limpia, gozosa y contagiosa alegría de los discípulos que lo han conocido con nueva y sorprendente luz: a Él, el Resucitado.

El Papa, en la Homilía de la Eucaristía de Cuatro Vientos del 21 de agosto, en el momento culminante de la Jornada, les decía a la inmensa e incalculable asamblea juvenil que rodeaba el Altar del Sacrificio y del Banquete Eucarísticos: “Tam-



bién hoy Cristo se dirige a vosotros con la misma pregunta que hizo a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Respondedle con generosidad y valentía como corresponde a un corazón joven como el vuestro. Decidle: Jesús yo sé que Tú eres el Hijo de Dios que has dado tu vida por mí. Quiero seguirte con fidelidad y dejarme guiar por tu palabra. Tú me conoces y me amas. Yo me fío de ti y pongo mi vida entera en tus manos. Quiero que seas la fuerza que me sostenga, la alegría que nunca me abandona.” Todo lo que significó la JMJ 2011 podría ser considerado sin recelo alguno como una respuesta afirmativa y valiente de la Iglesia con sus jóvenes a esta pregunta incisiva, concreta y comprometedora del Vicario de Cristo. Hacerla nuestra, en nuestros jóvenes y con nuestros jóvenes, al iniciarse el presente curso pastoral en nuestra Comunidad Diocesana, primera y privilegiada destinataria -y ¿porqué no decirlo?- protagonista de esa experiencia inolvidable de la vida y de la misión de la Iglesia y, sobre todo, de la acogida de la Gracia que la suscitó, propició y acompañó, resulta un imperativo pastoral y apostólico de primer orden, ineludible e indispensable, si no queremos desperdiciar y desechar la hora y el don de Dios.



En el curso pasado habíamos comenzado ya el camino de un mejor conocimiento de Jesucristo, de una mejor y más honda vivencia de su Misterio: de su divina persona y de su obra salvadora que se nos da y hace viva y presente en su Iglesia: su Cuerpo, su Esposa, su Pueblo. Avanzar por ese camino debe de ser el primer objetivo pastoral en el curso 2011/2012. Decididos a renovar nuestro encuentro con Él y, si es preciso, desde una nueva y radical conversión de nuestras vidas, mostrémonos, en todo caso, siempre dispuestos a recorrerlo con el propósito humilde de dejarnos guiar por el ideal de alcanzar la santidad, siendo testigos auténticos e insobornables de su Verdad y de su Vida.

1. ¡Ahondemos en su conocimiento! La fe de la Iglesia, que ilumina la razón en su búsqueda de las verdades definitivas y del sentido último de la historia, nos abre la puerta para ese reconocimiento y profesión de la fe en Jesucristo: clara, nítida, gozosa como la de Pedro en Cesarea de Filipo y en Pentecostés, junto con los demás apóstoles. Otras aproximaciones a la figura y a la vida de Jesucristo que no partan de esa afirmación de “Pedro”, o no llegarán nunca al conocimiento verdadero y pleno de Jesús o se quedarán a medio camino incluso en su intento de explicarlo en su sorprendente humanidad o, lo que es más triste y nada infrecuente, lo desfigurarán y difamarán. El Catecismo de la Iglesia Católica -que inspira el YOUCAT- debe de ser nuestro imprescindible compañero intelectual y existencial en este caminar



de la Iglesia Diocesana a la luz y en la huella de la bellísima experiencia espiritual y eclesial de la JMJ 2011.

2. La fe en Jesucristo, recibida y compartida en la Comunión de la Iglesia, ha de ser alimentada periódicamente y con creciente intensidad en y por la escucha de la Palabra de Dios -que es Él mismo, el “Logos del Padre”-, cuando es proclamada litúrgicamente o enseñada por quienes han sido constituidos por el Señor sus Testigos auténticos y sus Maestros: los sucesores de los apóstoles, bajo el Primado del Sucesor de Pedro. Su escucha fiel y cordial ha de ser constantemente acompañado por un estudio diligente de la misma, relacionado con la experiencia de la razón y de la vida. Estudio de la Palabra, que ha de buscarse y aprenderse en sus fuentes: la Sagrada Escritura leída y comprendida en la viva Tradición de la Iglesia e interpretada por su Magisterio. Escucha y estudio que desembocarán para los sencillos y limpios de corazón en la meditación orante y en la contemplación del Misterio de Cristo que se nos revela en toda la verdad y belleza de quien es nuestro Salvador. De nuevo las palabras del Papa en el emocionante Vía-Crucis de la JMJ-2011 nos sitúan luminosamente ante las últimas consecuencias de quien se ha abierto a la Palabra de Dios: “Mientras avanzábamos con Jesús, hasta llegar a la cima de su entrega en el Calvario, nos venían a la mente las palabras de san Pablo: «Cristo me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20). Ante un amor tan desinteresado, llenos de estupor y gratitud, nos preguntamos ahora: ¿Qué haremos nosotros por él? ¿Qué respuesta le daremos?” Si nos adentramos de nuevo por la vía de la oración personal, practicada desde el corazón de la Iglesia, nuestra respuesta no será otra que la de dar la vida por los hermanos (cfr. 1 Jn 3,16). La “lectio Divina” nos ayudará extraordinariamente a ello. La vida espiritual se inicia y se basa substancialmente en una auténtica vida de fe que nos conduce, si no se la obstaculiza, a la vivencia positiva de la esperanza y a la entrega sin reservas al sí de la caridad: ¡al amor a Dios y al prójimo!
3. De este modo el Sí de la fe se hace pleno delante de Dios y de los hombres: se convierte en testimonio y anuncio de la Palabra de Dios “con la certeza de que la caridad es, ante todo, comunicación de la verdad” (Benedicto XVI, a los participantes del III Sínodo de la Archidiócesis de Madrid). En este tiempo se nos vuelve de nuevo a hacer difícil anunciar la verdad de Jesucristo con nuestras palabras y nuestras obras. El adjetivo “martirial” en los momentos actuales de la historia y de la sociedad, necesita ser asumido



con valor y fortaleza cristiana. Los jóvenes de la JMJ con sus Pastores, especialmente con el Papa, nos han dejado un buen ejemplo y una buena fórmula para acertar con lo que nos exige “la misión” hoy en Madrid, es decir, como mantener con renovada frescura el impulso y proyecto de la Nueva Evangelización.

A María Santísima, Madre y Señora nuestra, Virgen del Rosario, del Pilar y de La Almudena, le pedimos que nos gué en este camino pastoral del curso 2011-2012, marcado e iluminado por la JMJ-2011. Ella es “la Estrella de la Evangelización” en cuyo seno la Palabra se hizo carne y por la que pudo habitar entre nosotros.

Con todo afecto y con mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid



Carta del Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid para la Jornada del DOMUND 2011

Domingo 23 de octubre



“Así os envió yo”

Mis queridos diocesanos:

Tenemos aún muy viva la memoria de la Eucaristía en Cuatro Vientos, junto al Papa Benedicto XVI, el pasado 21 de agosto. Con aquella celebración se concluía la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011, que anhelábamos con verdadera esperanza y que preparamos en nuestra diócesis con tanto esfuerzo y entrega, como entusiasmo y alegría. Pero lo sucedido en la JMJ ha superado con creces todas las expectativas, el Señor ha derramado su gracia a raudales, como una inmensa “cascada de luz”, en expresión del mismo Santo Padre en su primera Audiencia general tras su regreso a Castelgandolfo, de tal modo que no podemos menos que, inundados de ella, iluminar al mundo, “hasta los confines de la tierra”. A eso, exactamente, nos envía el Señor, y lo hace como Él fue enviado por el Padre, tal y como reza el lema de este DOMUND 2011. El mismo Benedicto XVI lo proclamó en Cuatro Vientos: “Querido jóvenes, no se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros



mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios. Pienso que vuestra presencia aquí, jóvenes venidos de los cinco continentes, es una maravillosa prueba de la fecundidad del mandato de Cristo a la Iglesia: *Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación* (Mc 16, 15). También a vosotros os incumbe la extraordinaria tarea de ser discípulos y misioneros de Cristo en otras tierras y países donde hay multitud de jóvenes que aspiran a cosas más grandes y, vislumbrando en su corazón la posibilidad de valores más auténticos, no se dejan seducir por las falsas promesas de un estilo de vida sin Dios”.



A esa Misa con la que concluye la JMJ se la llama también “Misa del Envío”. Es la celebración con la que el Papa quiere que los jóvenes sientan el ánimo y la compañía de la Iglesia en la apasionante tarea de llevar el Evangelio, de llevar a Cristo a sus compañeros, familiares y amigos. Porque, como recuerda el mismo Benedicto XVI en su Mensaje para el DOMUND 2011, “todos aquellos que se han encontrado con el Señor resucitado han sentido la necesidad de anunciarlo a otros, como hicieron los dos discípulos de Emaús” y no han dejado de hacer los discípulos de todos los tiempos, pues “la Iglesia existe para evangelizar”, ésa es su vocación propia; “su identidad más profunda”, en efecto, es ser misionera. Por eso, la Jornada Mundial de las Misiones tiene un relieve tan especial para toda la Iglesia y, de modo particular, para los jóvenes. A los que habéis participado en la JMJ del pasado agosto os reavivará, sin duda, la llamada del Papa en el rezo del Ángelus al final de la Misa de Cuatro Vientos: “Os invito a que deis un audaz testimonio de vida cristiana ante los demás. Así seréis fermento de nuevos cristianos y haréis que la Iglesia despunte con pujanza en el corazón de muchos”. ¡Reavivémosla todos, en nuestra Iglesia diocesana de Madrid!



El DOMUND debe ser, para todos nosotros, una llamada de atención, para que, en nuestro mundo, tan deshumanizado porque se empeña en vivir sin Dios, la luz de Cristo ilumine la vida entera de nuestros hermanos los hombres. La tarea misionera “no ha perdido su urgencia. Al contrario”, dice Benedicto XVI en su Mensaje: “No podemos quedarnos tranquilos al pensar que, después de dos mil años, aún hay pueblos que no conocen a Cristo y no han escuchado aún su mensaje de salvación”. Es esta urgencia lo que ha motivado a tantos misioneros a dejar casa, familia y seguridades para llevar a los países más lejanos la verdad de la fe, y en esta Jornada Mundial de las Misiones tenemos muy presentes a tantos misioneros de la diócesis de Madrid esparcidos por los cinco continentes. Ellos fueron enviados. No marcharon buscando una aventura apasionante que vivir y luego contar. Partieron



convencidos de que seguían la voz de Dios y con la confianza de que era la Iglesia quien los enviaba en nombre de Jesús, como recuerda el lema de la Jornada de este año: “Así os envío yo”. Son las palabras de Jesús, “enviado del Padre”, que recoge el evangelio de San Juan (20, 21), dirigidas a los apóstoles y que siguen vivas y apremiantes para los misioneros de hoy. Subrayan que la vocación viene de Dios, que es Él quien envía, a través de la Iglesia, a realizar una tarea apasionante, sí, pero imposible por las solas fuerzas humanas, porque es sobrenatural, divina. Y nada necesitan tanto los hombres como a Dios.



Al igual que los apóstoles, hoy son nuestros misioneros quienes, en nombre de Cristo, llevan el Evangelio a todos los hombres. Para ellos es el mayor respaldo y aliento saberse enviados por la Iglesia diocesana, ¡no están solos! Su labor no nace de un capricho o de una corazonada, por noble o generosa que sea. Es la Iglesia quien se implica en su trabajo y les motiva cada día para seguir sembrando el amor de Dios por el mundo entero. Y también a nosotros, los que nos quedamos en nuestros hogares, en nuestras ciudades y pueblos, nos ayuda saber que los misioneros son enviados por Cristo, y así sentimos la responsabilidad de apoyarles y de acompañarles, como parte que son del mismo Cuerpo de Cristo que somos la Iglesia. Ayudarles significa rezar por ellos y sus obras de apostolado, tenerles presentes en nuestras peticiones diarias al Señor y en la Eucaristía del domingo. Y acompañarles es también aportar con generosidad y desprendimiento la limosna, no sólo de lo que nos sobra, sino “lo que tenemos para vivir”, como la viuda del Evangelio alabada por Jesús, que los ayude en las situaciones de dificultad y de penuria que en tantos países y regiones tienen que soportar. La diócesis de Madrid es generosa no sólo en la entrega de sus gentes a la tarea de la misión universal. Lo es también en su aportación económica que presenta al Santo Padre tras la celebración del DOMUND para la ayuda de los misioneros. Sin embargo, en estos momentos de verdaderas dificultades económicas en nuestras familias, hemos de pensar que muchos de ellos las tienen aún mayores hasta para lo más elemental, todos los días, todos los meses y todos los años. Nuestra ayuda es muy importante para ellos y para mantener la difusión del Evangelio. El Papa, que es quien aprueba el reparto de lo recaudado en todo el mundo con motivo de esta Jornada, conoce bien las dificultades que los misioneros pasan y cuenta con nuestra aportación para poder ayudarlos.

En este Día Mundial de las Misiones, no podemos olvidar tampoco la necesidad de anunciar el Evangelio aquí mismo, en nuestra diócesis, en nuestras ciudades y pueblos, hasta en nuestras propias casas. Es bien significativo que el Papa



Benedicto XVI haya creado un nuevo dicasterio específicamente dedicado a la evangelización en los países de antigua tradición cristiana, especialmente en la vieja Europa: el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, y su necesidad la subraya el Santo Padre en su Mensaje para el DOMUND 2011. Tras resaltar la necesidad de llevar el Evangelio a pueblos que “después de dos mil años” aún no conocen a Cristo, añade: “No sólo eso; es cada vez mayor la multitud de aquellos que, aun habiendo recibido el anuncio del Evangelio, lo han olvidado y abandonado, y no se reconocen ya en la Iglesia; y muchos ambientes, también en sociedades tradicionalmente cristianas, son hoy refractarios a abrirse a la palabra de la fe”. En este Domingo de las Misiones por excelencia, no podemos olvidarlo, ciertamente: no podemos olvidar que todos, y en todo tiempo y lugar, somos misioneros.



No quiero terminar esta Carta sin animar a los jóvenes que vivieron intensamente la pasada JMJ de Madrid a que se planteen como posibilidad real la vocación misionera, a que abran sus oídos y su corazón a Cristo. Y os lo digo con las palabras de Benedicto XVI al final de la homilía de inicio de su pontificado: “¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada y lo da todo”. Dios cuenta con la entrega de los jóvenes para poder continuar la tarea evangelizadora en el mundo entero. La Iglesia os necesita.



Termino poniendo tantos buenos propósitos y tantas ilusiones que brotaron en el aeródromo de Cuatro Vientos en manos de la Madre de Dios y Madre nuestra, Nuestra Señora de la Almudena. Que ella, Reina de los Apóstoles y de las Misiones, cuide de nuestros misioneros y ayude a que el pueblo cristiano de Madrid no pierda nunca el espíritu apostólico y misionero, al tiempo que os envío a todos mi saludo cordial y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid



AMAR A LA IGLESIA, para amar a Jesucristo

Madrid, 30 de Octubre de 2011



Mis queridos hermanos y amigos:

En el nuevo curso pastoral, que hemos iniciado ya, la necesidad espiritual de recoger la gracia extraordinaria de la JMJ-Madrid 2011, y de procurar que fructifique, nos lleva a mirar a la Iglesia con amor y vivir en ella amándola, como una condición indispensable para acertar plenamente con el conocimiento y el camino para poder encontrarse con el Señor. El Santo Padre les decía a los jóvenes en la Homilía de “Cuatro Vientos” con hermosas palabras: “Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha ayudado a conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor”. La Iglesia no es el mero resultado de la acción humana o fruto de iniciativas de los hombres en un momento determinado de la historia. La Iglesia es de Cristo: es su Esposa y su Cuerpo, el instrumento o a modo de signo o sacramento que Él ha querido instituir para unir a los hombres con Dios y entre sí por la vía que lleva a la salvación. Glosando el texto de San Mateo, donde se relata la conocida escena de Cesarea de Filipo, cuando Jesús pregunta a los Apóstoles quien dice la gente que es Él (Mt.



16, 15-20), comenta el Papa: “Sí, la Iglesia no es una simple institución humana, como otra cualquiera, sino que está estrechamente unida a Dios. El mismo Cristo se refiere a ella como <su> Iglesia. No se puede separar a Cristo de la Iglesia como no se puede separar la cabeza del cuerpo (cf. 1 Cor. 12,12). La Iglesia no vive de sí misma, sino del Señor. El está presente en medio de ella, y le da vida, alimento y fortaleza”. No se puede pues amar a Cristo, Cabeza de la Iglesia, sino se ama a la Iglesia, su Cuerpo. En la JMJ 2011 en Madrid se pudo constatar con una belleza emocionante y singular el amor de los jóvenes a la Iglesia, manifestado con un entusiasmo contagioso y jubiloso en sus expresiones de amor al Papa. En Él, veían a aquel que, por su ministerio de Pastor de la Iglesia Universal -de todos los Pastores y de todos los fieles-, representaba visiblemente a Jesucristo como Cabeza de la Iglesia: a Jesucristo que es el Hermano, el Amigo, el Señor, ¡el Salvador! En el ambiente de una maravillosa y gozosa experiencia de “la Comunión de la Iglesia” los jóvenes vivieron con auténtica y fervorosa entrega su amor al Señor. La Iglesia es comunión visible de los que viven en la fe, en la esperanza y en el amor de Cristo. Comunión, por tanto, de los santos y de los que están en el camino de la santidad por la conversión y la penitencia. Comunión en y de “las cosas santas”, confiadas al ministerio de los Apóstoles encabezados por Pedro cuyo oficio pervive y sigue actuando en su Sucesor, el Obispo de Roma. La promesa de Jesús no falla: “sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. “Las cosas santas” son la Palabra, los Sacramentos, los Mandatos y la Misión recibidas del Señor; su oración y la forma de la alabanza y de la adoración al Padre en el Espíritu Santo. La comunión eclesial culmina con la mesa eucarística del altar: en la comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Hemos vivido un siglo -el pasado siglo XX- en el que se produjo un hondo “despertar de la Iglesia en las almas”. (Romano Guardini): un nuevo tiempo de un amor a la Iglesia explícito, confesado y hondamente comprometido afectiva y efectivamente con el principio de “comunión”, que la sustenta, y con el mandato de la misión de evangelizar al hombre de los tiempos de “la modernidad” y de “la postmodernidad”: ¡nuestra época! Un amor, por ejemplo, practicado silenciosamente con la sencillez heroica de una mujer consagrada por entero al servicio cercano de los enfermos, día y noche, en las jornadas más tranquilas y en las más difíciles y turbulentas, cuando las epidemias o las revueltas callejeras irrumpían en la vida ciudadana de la gran ciudad, como fue el caso de Sor María Catalina Irigoyen Echegaray, “Sierva de María y Ministra de los Enfermos”, en el Madrid problemático y complejo del tránsito del siglo XIX al siglo XX. O, un amor, como el encarnado en el servicio pastoral inagotable al Pueblo de Dios al estilo de ese gigante



espiritual y humano que fue el Beato Juan Pablo II. Sería en el Concilio Vaticano II cuando cristalizase doctrinal y pastoralmente esa renovada conciencia de la Iglesia: con nítida fuerza normativa y con inusitado vigor evangelizador. La riqueza y la belleza espiritual de este amor a la Esposa de Cristo resalta aún más en nuestro tiempo al contemplarle en el contexto de su historia martirial: una de las más impresionantes de toda la historia de la Iglesia. No faltaron las persecuciones en casi ninguna de las grandes regiones europeas; y no faltaron tampoco los fenómenos de oposición, contradicción y crítica hostil fuera y aún dentro del seno de la Iglesia madre.



Renovar el amor fiel a la Iglesia, la Iglesia de Cristo -no sustituible por una Iglesia hecha a imagen y semejanza nuestra- representa una de las exigencias más urgentes que se desprende para nosotros del acontecimiento de la gracia que fue la JMJ 2011 en Madrid. Si nuestra Comunidad Diocesana ha de ahondar pastoralmente en la vivencia fiel y fecunda de la Comunión de la Iglesia -de lo cual no cabe la menor duda- habrá de hacer suyas las recomendaciones del Santo Padre a los jóvenes de “Cuatro Vientos”: vivid la fe, les dice, no “por vuestra cuenta” sino en la comunión con la doctrina y el magisterio de la Iglesia; reconoced “la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos, así como la participación en la Eucaristía de cada domingo, la recepción frecuente del sacramento del perdón, y el cultivo de la oración y de la Palabra de Dios”.



A la Virgen la llamamos, con toda razón teológica, desde los años del Concilio Vaticano II: “Madre de la Iglesia”, porque con amor tierno y misericordioso la acompaña desde y en el amor maternal a su Divino Hijo. A ella, a quien bajo la advocación de La Almudena, la reconocemos como Madre y Patrona de nuestra Iglesia Diocesana, confiamos la súplica de que sus hijos e hijas de Madrid amen a la Iglesia, Esposa y Cuerpo de Jesucristo, de todo corazón.

Con todo afecto y con mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO LA UNIÓN "AEQUE PRINCIPALITER" DE LAS PARROQUIAS DE SAN FRANCISCO JAVIER Y SAN LUIS GONZAGA, DE MADRID



*Nos, Dr. D. ANTONIO MARÍA, del título de S. Lorenzo in Damaso,
Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid*

La Parroquia de San Francisco Javier, de Madrid, fue erigida mediante Decreto de 02 de febrero de 1940, y la Parroquia de San Luis Gonzaga, de Madrid, fue erigida mediante Decreto de 12 de abril de 1965. Ambas parroquias fueron encomendadas a la Compañía de Jesús.

Desde el 15 de octubre de 1984 ambas Parroquias son atendidas por el mismo párroco y grupo de sacerdotes y vienen funcionando unidas de hecho. Oído el parecer favorable del Vicario Episcopal de la zona, los Padres Jesuitas que atienden ambas parroquias, así como el de ambas comunidades parroquiales, por el presente

DECRETO
LA UNIÓN "AEQUE PRINCIPALITER" DE LAS PARROQUIAS DE
SAN FRANCISCO JAVIER Y SAN LUIS GONZAGA, DE MADRID



En consecuencia el Párroco será el mismo para ambas Parroquias, siendo único el Archivo Parroquial, e igualmente únicos los Consejos Pastoral y de Economía.

Espero que esta unión sirva para una mejor eficacia apostólica en todo el territorio parroquial.

Publíquese este Nuestro Decreto en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y "*ad valvas ecclesiae*" de las Parroquias afectadas.

Madrid, a diez de octubre de dos mil once.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez





CAPELLANÍA PARA INMIGRANTES CHINOS



*Nos, Dr. D. ANTONIO MARÍA, del título de S. Lorenzo in Damaso,
Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid*



De conformidad con lo establecido en el artículo 5 de la Instrucción para la pastoral de los inmigrantes en las Diócesis de la Provincia Eclesiástica de Madrid, instituyo por el presente la **Capellanía para inmigrantes chinos** cuya sede radicará en la Parroquia de Santa Rita, de Madrid, y tendrá como subsede la Parroquia de Cristo Rey de Usera, de Madrid.

Los Sres. Curas Párrocos de dichas Parroquias y los Sres. Capellanes de la comunidad de inmigrantes chinos se atenderán a las normas establecidas en dicha Instrucción.

Madrid, a once de octubre del año dos mil once.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez



NOMBRAMIENTOS



PÁRROCOS



De Jesús de Medinaceli: P. Emilio Rodríguez Sosa, O.F.M. Cap (3-10-2011).

De Sagrado Corazón de Jesús de Usera: P. Benjamín Serrano Serrano, O.F.M.Cap (3-10-2011).

De San Juan Bautista de la Concepción: P. Jesús Calles Fernández, O.S.T (3-10-2011)

De San Antonio de Cuatro Camino: P. Luis Félix Ruiz Rico, O.F.M. Cap (3-10-2011).

De San Gabriel de la Dolorosa: P. Cleber Guillermo Chacha Chamorro, C.P. (11-10-2011).

De Nuestra Señora de Sonsoles: D. Eusebio González Hernández, C.O.R.C. (18-10-2011).

De Santa Florentina: P. Juan José Ceballos Gómez, O.A.R. (18-10-2011).

De San Lorenzo: D. Juan José Arbolí Trías (25-10-2011)

VICARIOS PARROQUIALES

De Nuestra Señora de Guadalupe: P. Giancarlo Tomao Gordon, M.Sp.S. (3-10-2011).



De San Juan Evangelista: D. Luis Miguel Fraile Esteve (3-10-2011).

De Jesús de Medinaceli: P. Benjamín Echevarría Martínez, O.F.M.Cap. y P. José Vinuesa Aladro, O.F.M.Cap (3-10-2011).

De San Gregorio Magno: P. Adolfo Lucas Maqueda, S.D.B. (3-10-2011).

De Sagrado Corazón de Jesús de Usera: P. Domingo Añó Cebolla, O.F.M. Cap (3-10-2011).

De Santísimo Corpus Christi, de Las Rozas: D. Gerardo Nieto Brizuela (3-10-2011).

De San Cristóbal y San Rafael: D. Alonso Morata Moya (3-10-2011).

De Beato Manuel Domingo y Sol, de Majadahonda: D. Marino González Peña (3-10-2011).

De San Antonio de Cuatro Caminos: P. Pedro Castillo Cabero, O.F.M. Cap (3-10-2011).

De San José, de Colmenar Viejo: D. César Augusto Viondo Nieto (11-10-2011).

De San Juan Evangelista: D. Jorge Eduardo Serrano Gutiérrez, C.O.R.C. (18-10-2011).

De San Simón y San Judas: P. Juan Carlos Manrique, S.M. (25-10-2011).

De Santísimo Corpus Christi, de la Rozas: D. Dany Javier Granda Mera (25-10-2011).

ADSCRITOS

A Espíritu Santo y Nuestra Señora de la Araucana: D. Wilson Hincapié Zapata, de la diócesis de Armenia (Colombia) (3-10-2011).

A Padre Nuestro: D. Pablo Antonio Gómez Mateos, de la diócesis de Asidonia-Jerez (3-10-2011).

A San Cristóbal y San Rafael: D. Jesús Martín Martín (3-10-2011).

A Santa Teresa Benedicto de la Cruz: D. Andrés García Serrano (3-10-2011).

A Santa Matilde: D. Eusebio Cabrera Cabrera, de la Archidiócesis de Santiago de los Caballeros (República Dominicana) (11-10-2011).

De Asunción de Nuestra Señora de Galapagar: D. Richmond Angui Assi, de la Diócesis de Yopougon (Costa de Marfil) (11-10-2011).

A San Pedro Apóstol de Barajas: D. Theodore Kanyihl Ilunga, de la Diócesis de Mbujimayi (Congo) (18-10-2011).

A Santa María de la Cabeza: D. Jesús León Escribano (18-10-2011).

A Nuestra Señora del Aire: D. Juan Ignacio Barrios Bascuñán, de la Archidiócesis de Santiago (Chile) (18-10-2011).

A Santa María de Caná, de Pozuelo de Alarcon: D. Douglas Bohorquez Sandoya, de la Diócesis de Guayaquil (Colombia) (18-10-2011).

A Nuestra Señora del Carmen de El Plantío: D. Anselm Musafiri, de la diócesis de Kabgayi (18-10-2011).

A San Sebastián de Cercedilla y Hospital de la Fuenfría: D. Cyprien Melibi, de la diócesis de Ebolowa (Camerún) (18-10-2011).

A Santa María la Mayor y San Julián: D. Martín Ortega Carvajal, de la diócesis de La Dorada (Colombia) (18-10-2011).

AAsumción de Nuestra Señora de Colmenar Viejo: D. Gil López López (18-10-2011).

A Beata Teresa de Calcuta: D. Enrique Umaña Angulo (25-10-2011).

A Santa Soledad Torres Acosta y San Pedro Poveda: D. José Luis Méndez Jiménez (25-10-2011).

OTROS OFICIOS

Coordinador de Misiones de la Vicaría IV: D. Jesús Pinto Turiel (3-10-2011).

Coordinador de Misiones de la Vicaría V: D. Francisco Javier Medina Chávez (3-10-2011).

Delegado diocesano para el Congreso Eucarístico Internacional de Dublín: Ilmo. Sr. D. Alberto Andrés Domínguez (11-10-2011).

Capellán de la E.T.S. de Ingenieros de Caminos: D. Arturo Miguel Pelufo (11-10-2011).

Coordinador de la Capellanía China: P. Juan Gao Hai Chang, O.A.R. (11-10-2011).

Colaborador de la Capellanía China: P. Manuel María Piérola Mansoa, O.A.R. (11-10-2011)

Colaborador de San José, de Colmenar Viejo: D. Ramón Antonio Paredes Domínguez de la diócesis de Mérida (Venezuela) (18-10-2011).

Capellán del Hospital Gregorio Marañón: D. Horacio Edgardo Jiménez Arrunátegui, de la Diócesis de Chimbote (Perú) (18-10-2011).

Capellán del Hospital Clínico: D. Gaetan Kabasha, de la diócesis de Bangassou (República Centroafricana) (18-10-2011).

Capellán del Crematorio de Nuestra Señora de la Almudena: D. Pedro Luis, de la diócesis de Malange (Angola) (25-10-2011).



Capellán del Hospital de la Fundación Jiménez Díaz: D. Damiao Chicote (25-10-2011).

Consiliario de la Asociación Católica de Ciegos Españoles de Madrid: D. Eduardo Anaya de la Rosa (25-10-2011).

Diácono en Nuestra Señora del Carmen, en Pozuelo de Alarcón: D. Javier Corralón González (25-10-2011).

Formador del Seminario Redemptoris Mater: D. Miguel Benito Pascual (9-09-2011).

Presidente del Secretariado de Cursos de Cristiandad de Madrid: D. Manuel Romero Caramelo (10-10-2011).

DISTINCIÓN PONTIFICIA

Cruz pro Ecclesia et Pontifice: D. Emiliano Álvarez Agudo (25-10-2011).



DEFUNCIONES

El día 2 de octubre de 2011 falleció el Rvdo. Sr. D. EMILIO REBELLADO FIDALGO, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Trabazos (Zamora) el 26 de enero de 1924. Ordenado en Almagro (Ciudad Real) el 24 de marzo de 1950. Incardinado en Madrid el 9 de diciembre de 1978. Fue ecónomo del Puerto de Navacerrada (25-2-1974 a 1-10-1978). Párroco de Robledo de Chavela (1-10-1978 a 2-2-1990); coadjutor de Santos Justo y Pastor (2-2-1990 a 1-12-1990). Estaba jubilado.

El 6 de octubre de 2011 falleció D. CIRIACO ANDRÉS PEÑA, sacerdote salesiano, ya jubilado. Fue vicario parroquia de Soto del Real.

El día 21 de octubre de 2011 falleció D. NICOLÁS MATEOS, padre del sacerdote diocesano de Ciudad Rodrigo, D. Nicolás Mateos Manchado, jubilado.

El día 24 de octubre de 2011 falleció D. LUIS BERMEJO DEL POZO, hermano del Ilmo. Sr. D. Justo Bermejo del Pozo, Vicario Episcopal para el Clero.

El día 24 de octubre de 2011 falleció DÑA. ROSALÍA SANCHEZ, madre del Rvdo. Sr. D. Eleuterio García Sánchez, diocesano de Ávila, vicario parroquial de Nuestra Señora del Valle, de Madrid.



El día 30 de octubre de 2011 falleció el Rvdo. Sr. D. AUGUSTO NIETO ÁLVAREZ, sacerdote diocesano en Madrid. Nació en Madrid, el 10 de agosto de 1935. Ordenado en Madrid el 27 de mayo de 1961. Coadjutor de Pinto (5-7-1961 a 1965); capellán de las Religiosas Capuchinas de Pinto (1961-1965); coadjutor de San Bernardo (6-10-1965 a 21-5-1991); arcipreste de Santa Cristina (15-9-1989 a 1-11-1993); párroco de San Bernardo (21-5-1991 a 1-11-1993); coadjutor de San Juan Evangelista (1-11-1993 a 30-10-2007). Estaba jubilado.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL.
OCTUBRE 2011

- 
- 
- Día 1:** Consejo Pastoral
Misa en la Parroquia de San Juan Evangelista
- Día 2:** Misa en la Parroquia del Buen Suceso con motivo del Centenario de las RR. Angélicas
- Día 3:** Consejo Episcopal
Misa de apertura de curso de la Universidad San Dámaso, en la Catedral
Acto Académico de inicio de curso de la Universidad San Dámaso, en el Seminario
- Día 4:** apertura de curso de la Universidad Pontificia de Salamanca (UPSA)
- Día 5:** Misa en la Parroquia de Virgen del Mar
- Día 6:** Misa de apertura de curso del Seminario Conciliar
- Día 7:** reunión del COL
Misa de apertura de curso pastoral en la Catedral
- Día 8:** Clausura de la visita pastoral al Arciprestazgo de Buitrago, en la Parroquia de Buitrago del Lozoya
- Día 9:** Misa en la Parroquia de Nuestra Señora de Begoña
- Día 10:** Apertura del Año Jubilar de la Obra Marías de los Sagrarios
- Día 11:** Consejo Episcopal
- Día 13:** Encuentro con sacerdotes de la Vicaría II

Día 14: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría VIII

Confirmaciones en la Parroquia de San Jorge

Día 15: Misa en la Parroquia de Santa Teresa, de Colmenar Viejo

Día 17: Inauguración de curso en el Seminario Redemptoris Mater

Día 18: Consejo Episcopal

Conferencia en el Foro Juan Pablo II de la Parroquia de La Concepción,
de Goya.

Días 19-20: Comisión Permanente de la CEE

Día 21: Apertura de curso de la Universidad San Jorge, de Zaragoza

Días 22-23: Canonizaciones en Roma

Día 25: Consejo Episcopal

Bendición y colocación de la primera piedra de la Parroquia Santa Maravillas de Jesús.

Día 26: Visita al Colegio Diocesano ‘San Bernardo’

Día 27: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría IV

Encuentro con profesores universitarios

Día 28: Reunión permanente del Consejo Presbiteral, en el Seminario

Día 29: Misa de beatificación de la Sierva de María, Sor Catalina Irigoyen,
en la Catedral de la Almudena.

Día 30: Misa en la Parroquia de San Ginés

Día 31: Misa de Clausura de la Visita Pastoral a la Vicaría I.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

**FELICITACIÓN DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
MONSEÑOR JUAN ANTONIO REIG PLÁ**



Su Santidad Benedicto XVI
felicit cordialmente a



Monseñor Juan Antonio Reig Plá,
Obispo de Alcalá de Henares,

que está celebrando el 40 aniversario de su ordenación sacerdotal y sus 15 años al frente de la Sub-Comisión de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española, y se une espiritualmente a la acción de gracias al Señor por los dones recibidos en el ejercicio de su ministerio y gozoso servicio pastoral a las familias.

Asímismo, le asegura un especial recuerdo en la oración, para que el Todopoderoso le conceda proseguir con renovado espíritu su tarea evangelizadora, siendo testigo fiel de la Buena Noticia de la salvación. Con estos sentimientos, el Sumo Pontífice, a la vez que invoca la maternal intercesión de la Virgen María, le imparte complacido la Bendición Apostólica, extensiva a sus familiares y a la grey que le ha sido encomendada.

Vaticano, 26 de septiembre de 2011.

† Angelo Becciu
Sustituto



Benedicto XVI y los delegados de la Pastoral Familiar y de Defensa de la Vida de España felicitan a monseñor Reig Pla



Agencia SIC (17 Oct.) Organizadas por la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida, de la Conferencia Episcopal Española, se han celebrado del 7 al 9 de octubre las XXX Jornadas de Delegados de Pastoral Familiar y Movimientos y Asociaciones Familiares de España. En esta nueva convocatoria, que tuvo lugar en el Complejo Residencial Fray Luis de León de Guadarrama, el tema abordado por los numerosos representantes de las Delegaciones de Familia y Vida y de los Centros de Orientación Familiar de las diócesis españolas, así como responsables de los movimientos y asociaciones Familiares de España, ha sido “Preparación próxima al matrimonio. ‘Itinerario de Fe’ para novios”.

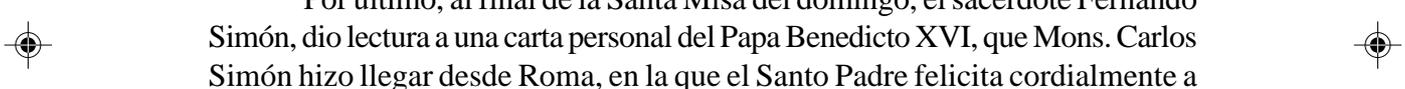


Las Jornadas han estado presididas por monseñor Juan Antonio Reig Pla, Obispo de Alcalá de Henares y también presidente de la Subcomisión para la Familia. A las misas también asistieron el Obispo de Teruel monseñor Carlos Manuel Escribano y con el Obispo de Osma-Soria, monseñor Gerardo Melgar, ambos, miembros igualmente de la Subcomisión. Las Jornadas fueron clausuradas por monseñor Carlos Simón, Subsecretario del Pontificio Consejo para la Familia, quien presentó a los asistentes la convocatoria de la próxima Jornada Mundial de las Familias, que en 2012 se celebrará en Milán.



En el contexto de dichas Jornadas los representantes de la Pastoral Familiar y de Defensa de la Vida de las Diócesis españolas y los responsables de los movimientos y asociaciones Familiares de España quisieron dar gracias a Dios y felicitar a monseñor Juan Antonio Reig con ocasión del 40 aniversario de su ordenación sacerdotal, sus 15 años como Obispo y su quinto trienio consecutivo como Presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida.

Los allí presentes, por boca del sacerdote Fernando Simón, Director del Secretariado de la Subcomisión, agradecieron a monseñor Reig el servicio que, con tanto amor e infatigablemente, viene prestando desde su juventud a favor de la dignidad de la persona, del matrimonio, de la familia y de la vida, y particularmente desde que fue elegido, por los Obispos de España, Presidente de la Subcomisión de Familia y Vida. A continuación fue proyectado un vídeo con una breve biografía de monseñor Reig y un interesante resumen sobre los numerosos frutos de su trabajo en el ámbito de la pastoral familiar y de la vida y también en lo que se refiere a la pastoral vocacional al sacerdocio ministerial.



Por último, al final de la Santa Misa del domingo, el sacerdote Fernando Simón, dio lectura a una carta personal del Papa Benedicto XVI, que Mons. Carlos Simón hizo llegar desde Roma, en la que el Santo Padre felicita cordialmente a monseñor Reig con ocasión del “40 aniversario de su ordenación sacerdotal y sus 15 años al frente de la Sub-Comisión de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española” y “se une espiritualmente a la acción de gracias al Señor por los dones recibidos en el ejercicio de su ministerio y gozoso servicio pastoral a las familias”, al tiempo que pide a Dios “le conceda proseguir con renovado espíritu su tarea evangelizadora, siendo testigo fiel de la Buena Noticia de la salvación”. Tras la lectura de la Bendición Apostólica, los presentes se unieron a la acción de gracias de Su Santidad con un intenso y caluroso aplauso. Monseñor Reig con la humildad que le caracteriza dio, con gran sencillez, las gracias a todos.

Monseñor. Reig, Doctor en Teología Moral, es también Vicepresidente del Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia (Sección Española), Vicepresidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Secular y Miembro de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe.



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS



Martín Ramón CANO MARTÍNEZ, Adjunto al Arcipreste de Coslada–
San Fernando. 24/10/2011.





ORDENACIONES



El día 22 de octubre de 2011, en la Santa e Insigne Iglesia Catedral-Magistral de los Santos Justo y Pastor, el Obispo de Alcalá de Henares, S.E.R. D. Juan Antonio REIG PLA confirió el sagrado Orden del Diaconado a los Seminaristas de esta Diócesis:



D. Borja Langdon del Real
D. Fernando Rodríguez Rodríguez
D. Francisco Rodríguez González
D. Ismael Navarro González



ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO.
OCTUBRE 2011



1 Sábado

Santa Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora

* A las 10:30 h. en el Palacio Arzobispal envío de los Profesores de Religión.

2 Domingo

XXVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

* A las 12:30 h. Santa Misa de toma de posesión del nuevo Administrador Parroquial de la Parroquia de La Santa Cruz de Coslada, don Miguel Ángel Pardo.

* A las 17:45 h. en el Palacio Arzobispal bendición de cinco equipos de Catequistas del Camino Neocatecumenal que impartirán las pertinentes catequesis durante el curso 2011-2012.

* A las 18:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

3 Lunes

San Francisco de Borja, presbítero

* A las 12:00 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa por los patronos (Santos Ángeles Custodios) de la Policía Nacional.

* A las 18:00 h. por la fiesta de San Dámaso, en el Seminario de Madrid Santa Misa, acto académico y a continuación cena fraterna.

4 Martes

San Francisco de Asís

* A las 09:30 h. Santa Misa de comienzo de curso en el Colegio de San Francisco de Asís de Alcalá de Henares.

* A las 11:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:15 en el tanatorio de la Paz de Tres Cantos preside el funeral *córpore insepulto* por la madre de doña Trinidad Yunquera Martín (Oficina Técnica del Obispado).

5 Miércoles

TÉMPORAS DE ACCIÓN DE GRACIAS Y PETICIÓN

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:00 h. Santa Misa y recorrido por el Obispado en la celebración de los 25 años del Instituto Teológico *Verbum Dei*.

6 Jueves

San Bruno, presbítero

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 17:45 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* De 19:00 a 21:00 h. en el Palacio Arzobispal asiste a la inauguración de la Escuela de Arte Cristiano de la Diócesis. El tema tratado fue: “La Iglesia y los artistas”; intervinieron el Rvdo. Juan Miguel Prim Goicoechea y don Carlos Muñoz de Pablos.

7 Viernes

Ntra. Sra. del Rosario

* Por la tarde preside las Jornadas de Familia y Vida en la Residencia Fray Luis de León de los Agustinos en Guadarrama, organizadas por la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida.

8 Sábado

Santa Pelagia, virgen y mártir

* Preside las Jornadas de Familia y Vida en Guadarrama, organizadas por la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida. En el contexto de estas Jornadas, el Papa Benedicto XVI, a través de una carta, y los representantes de la Pastoral Familiar y de Defensa de la Vida de las Diócesis españolas y los responsables de los movimientos y asociaciones Familiares de España quisieron dar gracias a Dios y felicitar a monseñor Juan Antonio Reig Pla con ocasión del 40 aniversario de su ordenación sacerdotal, sus 15 años como Obispo y su quinto trienio consecutivo como Presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida de la Conferencia Episcopal Española.

9 Domingo

XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

* Preside las Jornadas de Familia y Vida en Guadarrama, organizadas por la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida.

* A las 19:30 h. en la Catedral celebración de Sto. Tomás de Villanueva.

10 Lunes

Santo Tomás de Villanueva, obispo

11 Martes

Santa Soledad Torres Acosta, virgen

* Por la mañana reunión de Arciprestes.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

12 Miércoles

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR, PATRONA DE LA HISPANIDAD y Patrona de la Guardia Civil

* A las 12:00 h. Eucaristía en la fiesta de la Patrona de la Guardia Civil en la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

13 Jueves

Dedicación de la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

* A las 18:00 h. en el Palacio Arzobispal saludo a los miembros del patronato de la Catedral-Magistral.

* A las 19:30 h. Eucaristía en la Santa e Insigne Catedral-Magistral por fiesta de su dedicación.

14 Viernes

San Calixto I, papa y mártir

* Por la mañana visita Obra Virgen de Belén y bendición nueva Aula de Cáritas.

* A las 21:00 h. Vigilia de oración con matrimonios en el Convento de San Bernardo de Alcalá de Henares.

15 Sábado

SANTA TERESA DE JESÚS, virgen y doctora

* A las 11:00 h. Santa Misa en las Carmelitas de Loeches por la festividad de Santa Teresa.

* A las 16:00 h. charla sobre la Divina Misericordia en la Catedral de la Almudena y a las 17:30 h. preside la Santa Misa.

16 Domingo

XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

* Por la tarde asiste a la clausura del 51 Cursillo de Cristiandad en la casa de ejercicios espirituales de *Verbum Dei* en Loeches.

17 Lunes

San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir

* A las 17:00 h. reunión en el Palacio Arzobispal en orden a la preparación de la festividad de la Sagrada Familia en Madrid.

18 Martes

San Lucas, evangelista

* A las 10:30 h. visitas sacerdotes y laicos en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. visita de los futuros diáconos en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

19 Miércoles

San Pedro de Alcántara, presbítero, San Juan de Brébeuf y San Isaac Jogues, presbítero y compañeros, mártires y San Pablo de la Cruz, presbítero.

* A las 10:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

* A las 20:00 h. Misa y entrega de Biblias en el Seminario Menor Diocesano del Sagrado Corazón de Jesús.

20 Jueves

* A las 11:30 Santa Misa en la parroquia de Santiago de Alcalá de Henares con ocasión del comienzo de curso de Vida Ascendente.

* A las 18:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal *Civitas Dei* Aula Cultural Cardenal Cisneros: Presentación de la experiencia de “El Atrio de los Gentiles” a cargo del director ejecutivo de “*Il Cortile dei Gentili*”, padre Laurent Mazas.

21 Viernes

* A las 11:00 h. visita de un sacerdote.

* A las 12:00 h en el Palacio Arzobispal encuentro con directores de colegios católicos.

* A las 19:30 h. dicta una conferencia organizada por la “Asociación de Amigos de la Universidad de Alcalá”: “Lo que Vd. siempre quiso saber sobre la Diócesis de Alcalá”.

22 Sábado

* A las 11:00 h. en la Catedral-Magistral ordenación de cuatro diáconos.

* A las 19:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa de inicio de curso del Pontificio Instituto Juan Pablo II, del Instituto Diocesano de Teología Santo Tomás de Villanueva y de la Escuela Diocesana de Arte Cristiano; a continuación ágape fraterno en la Galería de Concilios.



23 Domingo

XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

“Jornada Mundial y colecta por la evangelización de los pueblos” (pontificia: O.M.P.)

* A las 12:30 h. confirmaciones en la parroquia de Santo Domingo de Algete.

24 Lunes

San Antonio María Claret, obispo

25 Martes

* Jornadas Sacerdotales de Formación Permanente.

* A las 20:00 h. en Madrid reunión y cena fraterna con los Discípulos de los Corazones de Jesús y María (DCJM).

26 Miércoles

* Jornadas Sacerdotales de Formación Permanente.

27 Jueves

* A las 10:45 h. visita de un sacerdote.

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

* A las 17:30 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

28 Viernes

SAN SIMÓN Y SAN JUDAS, APÓSTOLES

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

29 Sábado

* A las 12:00 h. asiste en la Catedral de la Almudena de Madrid a la beatificación de la Sierva de María Sor María Catalina Irigoyen Echegaray.

* Reunión y comida fraterna con la “Sociedad de Condueños de los Edificios que fueron Universidad” (fundada por el Cardenal Cisneros).

* A las 18:30 h. Encuentro de la Vida Consagrada.

30 Domingo

XXXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

* A las 12:00 h. en el Palacio Arzobispal visita del Coro de la Parroquia San Antolín de Murcia.

* A las 13:00 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa cantada por el Coro de la Parroquia San Antolín de Murcia.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

Homilía de D. Joaquín M^a López de Andújar,
Obispo de Getafe, en la Ceremonia de Ordenación
de presbíteros y diáconos, el día 12 de octubre de 2011,
en el Santuario del Sagrado Corazón de Jesús



En el evangelio que acaba de ser proclamado Jesús se define a sí mismo como el buen Pastor que da la vida por las ovejas. El mercenario, que no siente como suyas las ovejas, ante las dificultades y los peligros, huye. El buen pastor, en cambio, que conoce a cada una de sus ovejas, establece con ellas una relación de familiaridad tan grande y tan profunda, que está dispuesto a dar su vida por ellas.

Jesús, ejemplo sublime de entrega amorosa, invita a sus discípulos, y en particular a sus sacerdotes, a seguir sus mismas huellas. Llama a cada presbítero a ser buen pastor de la grey que la Providencia le confía.

Muy queridos ordenandos, diáconos y presbíteros, hoy también vosotros vais a ser configurados, por el don del Espíritu Santo, con Jesucristo, Buen Pastor, convirtiéndoos en colaboradores de los sucesores de los apóstoles.

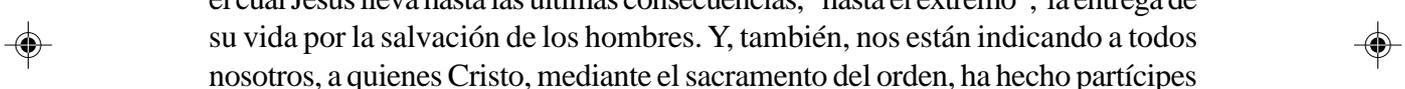
Os saludo con mucho afecto a todos, queridos amigos y hermanos. Saludo a D. Rafael, Obispo electo de Cádiz y Ceuta. Saludo al rector y formadores del



Seminario, que han velado por vuestra formación, a los vicarios generales, a los sacerdotes concelebrantes, a los seminaristas, a los consagrados, al coro diocesano y a todos los que habéis venido a participar con gozo en esta solemne celebración.

Quiero también saludar y expresar mi agradecimiento a las comunidades parroquiales de las que procedéis y a todos cuantos os han ayudado a reconocer y acoger la llamada del Señor y, especialmente a vuestras familias, que os han educado en la fe y hoy se sienten muy felices junto a vosotros.

Queridísimos ordenandos, este día será inolvidable para cada uno de vosotros. Hoy vais a ser “promovidos para servir a Cristo maestro, sacerdote y rey, participando en su ministerio, que construye sin cesar la Iglesia aquí en la tierra como pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo” (P.O. 1).



Jesús nos acaba de decir en el evangelio: “El Buen Pastor da su vida por las ovejas” (Jn. 10, 11). Estas palabras, sin duda, se están refiriendo al Sacrificio de la Cruz, que fue el acto definitivo y culminante del sacerdocio de Cristo: el acto en el cual Jesús lleva hasta las últimas consecuencias, “hasta el extremo”, la entrega de su vida por la salvación de los hombres. Y, también, nos están indicando a todos nosotros, a quienes Cristo, mediante el sacramento del orden, ha hecho partícipes de su sacerdocio, el camino que hemos de recorrer. Estas palabras nos están diciendo que la razón de ser de nuestra vida sacerdotal es la solicitud pastoral, la caridad pastoral, hasta dar la vida, con una entrega como la de Cristo, en la cruz. Nos está diciendo que viviendo esa caridad pastoral, en comunión con Cristo crucificado, encontraremos el pleno sentido de nuestra vida, de nuestra perfección y de nuestra santidad. Este deseo del Señor se expresa, en el rito de la ordenación sacerdotal, cuando el obispo, al entregar al nuevo presbítero las ofrendas del pan y del vino, le dice: “Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

Realmente cuando pensamos en la cruz no podemos evitar una primera reacción de repulsa. La cruz significa dolor, desprendimiento, desasimiento, abnegación y purificación interior. Y eso instintivamente nos cuesta y procuramos evitarlo. Además vivimos en un clima cultural que nos invita a huir del esfuerzo y a evitar todo tipo de sufrimiento. Sin embargo la cruz es también fuente de vida. La cruz de Cristo es amor. Y el amor, aunque exige sufrimiento y esfuerzo, siempre va unido a la alegría. No hay mayor fuente de alegría que el amor. Abrazar la cruz de Cristo,



hasta dar la vida, nos introduce en el camino del amor de Cristo, que es camino de luz y de inmensa alegría. Una alegría que supera cualquier otra alegría humana. Una alegría que llena la vida. Una alegría que ha de ser el distintivo propio de un sacerdote que ama apasionadamente a Cristo y se entrega de corazón a sus hermanos.

Parece una contradicción unir sufrimiento y alegría, unir la cruz con el gozo. Y, sin embargo la experiencia nos dice que, cuando estamos unidos al Señor en el Misterio de su cruz, nuestra vida se llena de gozo y se convierte en fuente de gozo y redención para los demás. Se convierte en don y regalo para todos.

S. Juan de Ávila, en su obra *Audi Filia*, dirigiéndose a Jesús crucificado le dice: *“Señor, ¿de qué se alegra tu corazón en el día de tus trabajos? ¿De qué te alegras entre los azotes y clavos y deshonras y muerte? Te lastiman, ciertamente (...) pero porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores nos quitas los nuestros (...) Y como el esposo desea el día de su desposorio para gozarse, tu deseas el día de tu pasión para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos (...) Pudo más tu amor que la aversión de los sayones que te atormentaban (...) Por eso, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor muy de verdad, tu amor se alegraba del bien que de allí nos venía”* (*Audi Filia. Cap. 69*).

San Juan de Ávila nos dice que en la cruz, se produce un desposorio gozoso: el desposorio entre Cristo y su Iglesia.

¡Ojalá todos los sacerdotes, especialmente cuando celebramos la Eucaristía, vivamos con Cristo este desposorio santo! ¡Ójala todos los sacerdotes conformemos nuestras vidas con el Misterio de la Cruz del Señor, y encontremos siempre en ella la fuente de nuestras mayores alegrías!

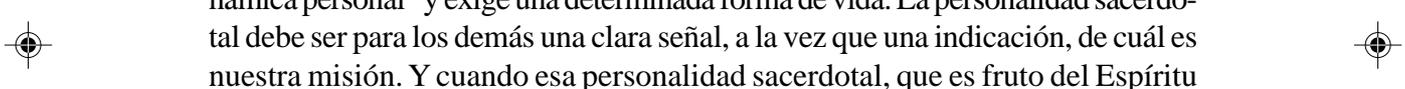
Queridos ordenandos, no tengáis miedo a la cruz. Cristo os llama a ser pastores que dan la vida. Y dando la vida, por la salvación del mundo, conformando vuestra vida con la cruz del Señor, encontraréis vuestra mayor felicidad.

Esta solicitud particular por la salvación de los demás, por el servicio de la verdad, por el amor y la santidad de todo el Pueblo de Dios y por la unidad espiritual de toda la Iglesia la realiza el sacerdote de muy diversas formas y con muy diversas actividades; pero en cualquier actividad que realice, por humilde e insignificante que parezca, aunque sea barrer la Iglesia, el sacerdote siempre es portador



de la gracia de Jesucristo!, Sumo y Eterno Sacerdote y del carisma del Buen Pastor; el sacerdote hace presente a Dios entre los hombres, hace presente su misericordia. La vida del sacerdote debe hablar de Dios y conducir a Dios.

El Señor ha querido elegirnos, de entre muchos y ha querido enriquecernos a los sacerdotes con la fuerza del Espíritu Santo para que, con la entrega de la vida, por nuestra predicación, la Palabra del Evangelio dé fruto en el corazón de los hombres. El Señor se ha fijado en nosotros y nos envía (como diremos en la plegaria de consagración) para que el Pueblo de Dios se renueve en el bautismo con el baño del nuevo nacimiento y se alimente con el Pan de la vida, para que los pecadores sean reconciliados, los enfermos confortados, los pobres acogidos con caridad y todas las gentes, dispersas por el pecado, sean congregadas en Cristo formando un único Pueblo, que alcance su plenitud en el Reino de Dios.



Queridos hermanos: la vida sacerdotal está construida sobre la base del sacramento del Orden, que imprime en nuestra alma el signo de un carácter indeleble. Este signo marcado en lo más profundo de nuestro ser humano, tiene una “dinámica personal” y exige una determinada forma de vida. La personalidad sacerdotal debe ser para los demás una clara señal, a la vez que una indicación, de cuál es nuestra misión. Y cuando esa personalidad sacerdotal, que es fruto del Espíritu Santo, se vive con integridad, nos quedamos sorprendidos al ver cómo es acogida por multitud de personas, no sólo cercanas, sino también lejanas a la Iglesia, que, en el fondo de su corazón, buscan una luz que oriente sus pasos y necesitan ver en el sacerdote a un hombre que cree en Dios profundamente, que manifiesta con valentía su fe, que reza con fervor, que enseña con íntima convicción, que sirve con generosidad, que pone en práctica en su vida el programa de las bienaventuranzas, que sabe amar desinteresadamente y que está cerca de todos y especialmente de los más necesitados.

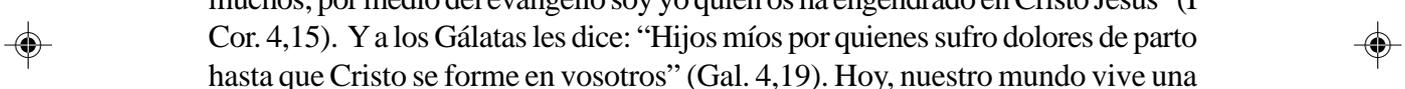
Dentro de esta dinámica personal propia del sacerdote y de esta determinada forma de vida, el carisma del celibato sacerdotal tiene un profundo significado.

Jesucristo, después de haber presentado a los discípulos la cuestión de la renuncia al matrimonio por el Reino de los Cielos, añade: “el que pueda entender que entienda” (Mt. 19,12). Se trata de un carisma, de un don, al que son llamados pocos y que el mismo Señor reconoce que no todos son capaces de entender. Y ¿por qué la Iglesia ha querido unir este don al ministerio de los sacerdotes? y ¿por qué lo defiende con tanto ahínco? La Iglesia lo mantiene y lo defiende porque sabe



que el celibato por el Reino de los cielos además de ser un signo escatológico, es decir, un signo que anuncia y anticipa la plenitud de los tiempos, cuando Dios lo sea todo en todos, es también un medio para que el sacerdote pueda vivir plenamente dedicado al servicio de la Iglesia y una expresión de su amor incondicional apasionado e indiviso a Jesucristo y a la Iglesia.

El sacerdote con su celibato, llega a ser “el hombre para los demás”. Y lo es de una forma distinta a como lo es uno que uniéndose conyugalmente a su mujer, llega a ser también, como esposo y como padre “hombre para los demás” especialmente en su vida familiar. También el casado viviendo santamente su vocación matrimonial puede ser y debe ser un “hombre para los demás”, pero lo es, siéndolo, en primer lugar, para su esposa, y junto con ella, para los hijos a los que da la vida.



El sacerdote, en cambio, renunciando a esta paternidad que es propia de los esposos, busca otra paternidad, y casi, podríamos decir, apoyándonos en las palabras de S. Pablo, otra maternidad. S. Pablo llega a decir a los cristianos de Corinto; “Ahora que estáis en Cristo tendréis mil tutores, pero padres no tenéis muchos; por medio del evangelio soy yo quien os ha engendrado en Cristo Jesús” (I Cor. 4,15). Y a los Gálatas les dice: “Hijos míos por quienes sufro dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros” (Gal. 4,19). Hoy, nuestro mundo vive una gran orfandad espiritual, especialmente los jóvenes. El sacerdote, haciendo presente a Cristo en la vida de los hombres esta llamado a llenar este vacío. Está llamado a ser, como Abraham, padre en la fe de una multitud.

Aquellos cristianos a los que el apóstol ha evangelizado son hijos de su espíritu, hombres encomendados por el Buen Pastor a su solicitud. Y él se siente padre y madre de ellos. Estos hombres son mucho más numerosos que los que pueda abarcar una simple familia humana. La vocación pastoral del sacerdote es grande, llega a muchas personas, por eso su corazón debe estar siempre disponible y libre para poderles servir, dándoles su vida.

Queridos hermanos éste es un día en el que vamos a sentir sobre nosotros de una manera muy intensa y viva, la misericordia de Dios. Correspondamos a esta gracia divina, tanto los que vais a ser ordenados como todos los sacerdotes que os acompañamos, con un verdadero deseo de conversión y de santidad.

Los sacerdotes debemos convertirnos cada día. Si tenemos el deber de ayudar a los demás a convertirse, lo mismo debemos hacer continuamente en nues-



tra vida. Convertirse significa retornar, constantemente, a la gracia misma de nuestra vocación, meditar la inmensa bondad y el amor infinito de Cristo, que se ha dirigido a cada uno de nosotros, llamándonos por nuestro nombre, y diciéndonos personalmente a cada uno: “Sígueme”. Convertirse quiere decir dar cuenta en todo momento de nuestro servicio, de nuestro celo, de nuestra fidelidad, ante el Señor que nos ha amado hasta el extremo, para que seamos ministros de Cristo y administradores fieles de los misterios de Dios. (Cf. I Cor. 4,1). Convertirse significa también dar cuenta de nuestras negligencias y pecados, de la cobardía, de la falta de fe y esperanza, de pensar únicamente de modo “humano” y no “divino”. Convertirse quiere decir para nosotros buscar de nuevo el perdón y la fuerza de Dios en el sacramento de la Reconciliación y así volver a empezar siempre, avanzar cada día, crecer en ímpetu apostólico y dar alegremente nuestra vida al Señor. Convertirse quiere decir “orar en todo tiempo y no desfallecer” (Lc. 18,1; Jn. 4,35).



Jesús, sacerdote eterno, guarda a tus sacerdotes bajo la protección de tu Sagrado Corazón, donde nada pueda mancharlos; guarda inmaculadas sus manos ungidas que tocan cada día tu Sagrado Cuerpo; guarda inmaculados sus labios, diariamente teñidos con tu preciosa Sangre; guarda puros y despojados de todo afecto terrenal sus corazones, que Tu has sellado con las sublimes marcas del sacerdocio. Que tu santo amor los rodee y los preserve siempre del contagio del mundo. Bendice sus tareas apostólicas con abundante fruto, y haz que las almas confiadas a su celo y dirección sean su alegría aquí en la tierra y formen en el cielo su hermosa e inmarcesible corona.



¡Santa María, Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, Virgen del Pilar, en este veinte aniversario de la Diócesis que hoy celebramos, ruega por estos nuevos diáconos y presbíteros, ruega por todos los sacerdotes, ruega por los seminaristas, ruega por las futuras vocaciones, ruega por nosotros! Amén.



Carta de D. Joaquín M^a López de Andújar,
Obispo de Getafe,
con motivo del DOMUND 2011



Queridos hermanos y amigos:

El mandato misionero de Jesús resuena con fuerza, un año más, en la celebración de la Jornada Mundial de las Misiones. El Señor nos vuelve a decir: *“Como el Padre me ha enviado así os envío yo”* (Jn 20,21). Y nos anima a tener un encuentro personal con Él, verdadero y profundo, que, de tal manera nos identifique con sus sentimientos, que su misión se convierta en nuestra misión. El encuentro con Jesús siempre es un encuentro de amor que nos mueve a desear lo que Él desea y a buscar lo que Él busca; y nos invita a tener, como Él, un corazón misericordioso que busque a la oveja perdida y abrace al hijo pródigo. El deseo, más íntimo del Señor es que todos los hombres alcancen, en Él, la vida eterna y lleguen al conocimiento de la verdad.

Podemos decir con toda seguridad que cada cristiano, en particular, y la Iglesia entera, en su conjunto, siempre es misionera. No se puede ser discípulo de Jesucristo sin compartir con Él su misión de ser luz del mundo y sal de la tierra. *“Ésta es la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda: la Iglesia existe para evangelizar”* (EN 14).



Y ¿hacia quienes ha de ir dirigida la misión? Evidentemente el anuncio misionero de la Iglesia es universal, va dirigido a todos los pueblos y a todas las gentes, de todos los tiempos y culturas. Pero en esta Jornada de las misiones, la Iglesia nos invita a poner especialmente nuestra mirada en la evangelización de aquellos pueblos que, después de dos mil años aun no conocen a Cristo y de esa multitud de gentes que, aún habiendo recibido el anuncio del evangelio lo han olvidado o abandonado porque la Iglesia, por falta de recursos, no ha podido estar cercana a ellos. Esta Jornada quiere que nos fijemos en esas zonas del mundo y en esas Iglesias locales, que necesitan con urgencia nuestra ayuda para llevar adelante su misión evangelizadora.

Me consta que esta sensibilidad misionera existe en todas nuestras parroquias y comunidades cristianas, pero quiero, en este día, recordar la prioridad de las Obras Misionales Pontificias sobre cualquier otra iniciativa de cooperación misionera. La Comisión Episcopal de Misiones de la Conferencia Episcopal Española, ha mostrado, en muchas ocasiones, su preocupación por el descenso de las aportaciones económicas de las diócesis españolas en beneficio de proyectos sociales o de otros compromisos misioneros particulares.

Os animo a colaborar generosamente con esta prioridad de la Iglesia. La colecta del Domund va directamente a la Santa Sede y es ella la que hace llegar la ayuda, con total equidad, a los lugares más pobres y más ignorados, a esos lugares de los que nadie se acuerda.

Con mi bendición y afecto:

† Joaquín López de Andújar. Obispo de Getafe



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS



VICARIO PARROQUIAL



Miguel Ángel Iñiguez, de la Parroquia Ntra. Sra. de Butarque, el 1 de septiembre de 2011.

Pedro Pablo Moreno de la Villa, de la Parroquia Ntra. Sra. de la Asunción, en Navacarnero, el 13 de octubre de 2011.

Raúl Rolando Romero Rueda, de la Parroquia Santo Domingo de Silos, en Pinto, el 13 de octubre de 2011.

Fernando Burgaz Vicent, de la Parroquia Sta. M^a Magdalena, en Ciempozuelos, el 13 de octubre de 2011.

Pedro José Sánchez Buendía, de la Parroquia Asunción de Ntra. Sra. en Móstoles, el 13 de octubre de 2011.

José Ramón Godino Alarcón, de la Parroquia El Salvador, en Leganés, el 13 de octubre de 2011.

Ramón Alfredo Mirada Muñoz, de la Parroquia Inmaculada Concepción de Ntra. Sra. en Alcorcón, el 13 de octubre de 2011.

Eloy Mechén Ramírez, de la Parroquia Virgen del Carmen, en Móstoles, el 13 de octubre de 2011.



OTROS

D. Enrique Carrero López, Director de Cáritas diocesana de Getafe, el
24 de octubre de 2011.





DEFUNCIONES



Sor Carmen Rodríguez-Martín Chacón, de la Congregación de la Sagrada Familia de Burdeos, en Pinto, falleció el 25 de septiembre de 2011, a los 85 años de edad y 65 de vida consagrada. Era hermana de un sacerdote de Madrid, también fallecido.



Dña. Antonia Ciudad Ruiz, falleció el 4 de octubre de 2011, en Móstoles, a los 98 años de edad. Era madre de 3 hijos, uno de ellos, D. José M^a Martín Ciudad, Párroco de la Parroquia San José Obrero, en Móstoles.

Sor Asunción Rodrigo Ruiz, falleció en el Monasterio de “La Asunción de Nuestra Señora” de las Capuchinas de Santa Clara, en Pinto, el 5 de octubre de 2011, a los 84 años de edad y 60 de vida consagrada.

D. Omar Pascual Santillo, hermano del sacerdote Mario Miguel Santillo que es Vicario Parroquial en San José de Fuenlabrada, falleció en Argentina, el 15 de octubre de 2011, a los 53 años de edad. Tenía 5 hijos

Tú que has coronado a María como Reina del cielo, concede que todos los difuntos compartan la alegría de los santos y la felicidad de tu reino.



INFORMACIÓN. ORDENACIONES



D. Joaquín M^a López de Andújar, Obispo de Getafe, administró el sacramento del orden de presbítero de D. Alberto Vergara Benavente de la Virgen de los Ángeles, Sch. P., el 10 de septiembre de 2011, en la Iglesia del Colegio de “La Inmaculada” de los PP. Escolapios, en Getafe.



El miércoles 12 de octubre, en el Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, el Obispo de Getafe, D. Joaquín M^a López de Andújar administró el sacramento del orden de presbítero de: Fernando Burgaz Vicent, Pedro José Sánchez Buendía, Raúl Rolando Romero Rueda, José Ramón Godino Alarcón, Eloy Mechén Ramírez, Pedro Pablo Moreno de la Villa, Ramón Alfredo Mirada Muñoz; y de diácono de: Francisco Javier Bronchalo Serrano, Rafael Fernández Rivero y Juan Manuel González Barrios.



Conferencia Episcopal Española

Nota del Comité Ejecutivo

Los obispos se solidarizan
con los cristianos coptos de Egipto

Jueves, 13 de Octubre de 2011

El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, reunido hoy en Madrid, se une a la profunda tristeza expresada por el Papa Benedicto XVI con motivo de los episodios de violencia que se han producido en El Cairo, en los que han muerto asesinados más de una veintena de cristianos coptos.

La presencia cristiana en Egipto se remonta al siglo I y, por desgracia, las dificultades no son nuevas. Como ha dicho el Cardenal Antonio Naguib, Patriarca de Alejandría de los coptos católicos, los cristianos han vivido ataques similares durante su larga historia de sufrimiento y paz en aquella tierra. A pesar de ello, es preciso mirar al futuro con esperanza y trabajar para que se respeten los derechos humanos de todos, en particular los de las minorías. Los cristianos están llamados a jugar un importante papel en este delicado momento y han de poder seguir contribuyendo con su ejemplo al bien común de Egipto.



Los obispos se solidarizan con los hermanos de la comunidad cristiana copta y se unen a las peticiones de oración que el Papa ha hecho para que la sociedad egipcia “goce de una verdadera paz, basada en la justicia, en el respeto a la libertad y a la dignidad de cada ciudadano”.



Nota de la Comisión Permanente

Nota ante las elecciones generales de 2011

Viernes, 21 de Octubre de 2011

1. El próximo día 20 de noviembre estamos todos convocados a las urnas. Con este motivo, los obispos ofrecemos a los católicos y a cuantos deseen escucharnos algunas consideraciones que ayuden al ejercicio responsable del deber de votar. Es nuestra obligación de pastores de la Iglesia orientar el discernimiento moral para la justa toma de decisiones que afectan a la realización del bien común y al reconocimiento y la tutela de los derechos fundamentales, como es el caso de las elecciones generales.

2. En su discurso sobre los fundamentos del derecho, pronunciado el mes pasado ante el Parlamento federal de Alemania, el Papa recordaba que “el cristianismo nunca ha impuesto al Estado y a la sociedad un derecho revelado, un ordenamiento jurídico derivado de una revelación. Se ha referido, en cambio, a la naturaleza y a la razón como verdaderas fuentes del derecho [...], la razón abierta al lenguaje del ser”. Nosotros hacemos nuestras consideraciones desde ese horizonte



de los fundamentos prepolíticos del derecho, sin entrar en opciones de partido y sin pretender imponer a nadie ningún programa político. Cada uno deberá sopesar, en conciencia, a quién debe votar para obtener, en conjunto, el mayor bien posible en este momento.

3. No se podría hablar de decisiones políticas morales o inmorales, justas o injustas, si el criterio exclusivo o determinante para su calificación fuera el del éxito electoral o el del beneficio material. Esto supondría la subordinación del derecho al poder. Las decisiones políticas deben ser morales y justas, no sólo consensuadas o eficaces; por tanto, deben fundamentarse en la razón acorde con la naturaleza del ser humano. No es cierto que las disposiciones legales sean siempre morales y justas por el mero hecho de que emanen de organismos políticamente legítimos.



4. En concreto, como ha señalado el Papa en agosto, aquí en Madrid, la recta razón reconoce que hemos sido creados libres y para la libertad, pero que no actúan de modo conforme con la verdadera libertad quienes “creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces y cimientos que ellos mismos; desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias; dar a cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento”.



5. Por todo ello, hemos de llamar de nuevo la atención sobre el peligro que suponen determinadas opciones legislativas que no tutelan adecuadamente el derecho fundamental a la vida de cada ser humano, desde su concepción hasta su muerte natural, o que incluso llegan a tratar como un derecho lo que en realidad constituye un atentado contra el derecho a la vida. Son también peligrosos y nocivos para el bien común ordenamientos legales que no reconocen al matrimonio en su ser propio y específico, en cuanto unión firme de un varón y una mujer ordenada al bien de los esposos y de los hijos. Es necesario promover nuevas leyes que reconozcan y tutelen mejor el derecho de todos a la vida, así como el derecho de los españoles a ser tratados por la ley específicamente como “esposo” y “esposa”, en un matrimonio estable, que no quede a disposición de la voluntad de las partes ni, menos aún, de una sola de las partes.

6. La grave crisis económica actual reclama políticas sociales y económicas responsables y promotoras de la dignidad de las personas, que propicien el trabajo para todos. Pensamos en tantas familias, carentes de los medios necesarios para subvenir a sus necesidades más básicas. Pensamos también en el altísimo porcenta-



je de jóvenes que nunca han podido trabajar o que han perdido el trabajo y que, con razón, demandan condiciones más favorables para su presente y su futuro. Son necesarias políticas que favorezcan la libre iniciativa social en la producción y que incentiven el trabajo bien hecho, así como una justa distribución de las rentas; que corrijan los errores y desvíos cometidos en la administración de la hacienda pública y en las finanzas; que atiendan a las necesidades de los más vulnerables, como son los ancianos, los enfermos y los inmigrantes.

7. El ordenamiento jurídico debe facilitar el ejercicio efectivo del derecho que asiste a los niños y jóvenes a ser educados de modo que puedan desarrollar lo más posible todas sus capacidades. Debe evitar imposiciones ideológicas del Estado que lesionen el derecho de los padres a elegir la educación filosófica, moral y religiosa que deseen para sus hijos. En cambio, ha de ser facilitada la justa iniciativa social en este campo. La presencia de la enseñanza de la religión y moral católica en la escuela estatal - como asignatura fundamental opcional - es un modo de asegurar los derechos de la sociedad y de los padres que exige hoy una regulación más adecuada para que esos derechos sean efectivamente tutelados.



8. Recordamos de nuevo que se reconoce la legitimidad moral de los nacionalismos o regionalismos que, por métodos pacíficos, desean una nueva configuración de la unidad del estado español. Y también, que es necesario tutelar el bien común de la nación española en su conjunto, evitando los riesgos de manipulación de la verdad histórica y de la opinión pública por causa de pretensiones separatistas o ideológicas de cualquier tipo.



9. Una sociedad que quiera ser libre y justa no puede reconocer explícita ni implícitamente a una organización terrorista como representante político de ningún sector de la población, dado que el terrorismo es una práctica intrínsecamente perversa, del todo incompatible con una visión justa y razonable de la vida.

10. Ante los desafíos que se presentan a la comunidad internacional, son necesarias políticas guiadas por la búsqueda sincera de la paz, basadas en el respeto al derecho, nacional e internacional, así como en la promoción del entendimiento y de la solidaridad entre los pueblos y las culturas.

Pedimos al Señor de la paz y a su Madre santísima que iluminen a quienes vamos a votar, para que lo hagamos de manera verdaderamente libre y responsable.





Iglesia Universal

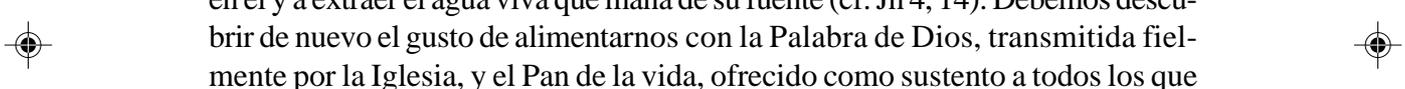
CARTA APOSTÓLICA
EN FORMA DE MOTU PROPRIO PORTA FIDE
DEL SUMO PONTÍFICE BENEDICTO XVI
CON LA QUE SE CONVOCA EL AÑO DE LA FE

1. «La puerta de la fe» (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. Rm 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. Jn 17, 22). Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. 1 Jn 4, 8): el Padre, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su muerte y resurrección redimió al mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor.

2. Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada



vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo. En la homilía de la santa Misa de inicio del Pontificado decía: «La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud»[1]. Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado[2]. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.



3. No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. Mt 5, 13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. Jn 4, 14). Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (cf. Jn 6, 51). En efecto, la enseñanza de Jesús resuena todavía hoy con la misma fuerza: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna» (Jn 6, 27). La pregunta planteada por los que lo escuchaban es también hoy la misma para nosotros: «¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (Jn 6, 28). Sabemos la respuesta de Jesús: «La obra de Dios es ésta: que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6, 29). Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación.

4. A la luz de todo esto, he decidido convocar un Año de la fe. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. En la fecha del 11 de octubre de 2012, se celebrarán también los veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, promulgado

[1] Homilía en la Misa de inicio de Pontificado (24 abril 2005): AAS 97 (2005), 710.

[2] Cf. Benedicto XVI, Homilía en la Misa en Terreiro do Paço, Lisboa (11 mayo 2010), en *L'Osservatore Romano* ed. en Leng. española (16 mayo 2010), pag. 8-9.



por mi Predecesor, el beato Papa Juan Pablo II,[3] con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido por el Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985 como instrumento al servicio de la catequesis[4], realizándose mediante la colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica. Y precisamente he convocado la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, en el mes de octubre de 2012, sobre el tema de La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Será una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe. No es la primera vez que la Iglesia está llamada a celebrar un Año de la fe. Mi venerado Predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI, proclamó uno parecido en 1967, para conmemorar el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo en el décimo noveno centenario de su supremo testimonio. Lo concibió como un momento solemne para que en toda la Iglesia se diese «una auténtica y sincera profesión de la misma fe»; además, quiso que ésta fuera confirmada de manera «individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca»[5]. Pensaba que de esa manera toda la Iglesia podría adquirir una «exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla»[6]. Las grandes transformaciones que tuvieron lugar en aquel Año, hicieron que la necesidad de dicha celebración fuera todavía más evidente. Ésta concluyó con la Profesión de fe del Pueblo de Dios[7], para testimoniar cómo los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado.

5. En ciertos aspectos, mi Venerado Predecesor vio ese Año como una «consecuencia y exigencia postconciliar»[8], consciente de las graves dificultades

[3] Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 113-118.

[4] Cf. Relación final del Sínodo Extraordinario de los Obispos (7 diciembre 1985), II, B, a, 4, en *L'Osservatore Romano* ed. en Leng. española (22 diciembre 1985), pag. 12.

[5] Pablo VI, Exhort. ap. *Petrum et Paulum Apostolos*, en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo (22 febrero 1967): AAS 59 (1967), 196.

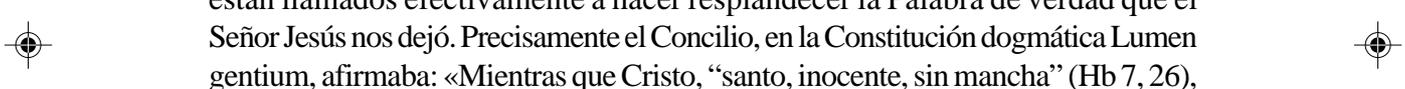
[6] *Ibíd.*, 198.

[7] Pablo VI, Solemne profesión de fe, Homilía para la concelebración en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, en la conclusión del “Año de la fe” (30 junio 1968): AAS 60 (1968), 433-445.

[8] *Id.*, Audiencia General (14 junio 1967): *Insegnamenti V* (1967), 801.



del tiempo, sobre todo con respecto a la profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación. He pensado que iniciar el Año de la fe coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza»[9]. Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia»[10].



6. La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó. Precisamente el Concilio, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, afirmaba: «Mientras que Cristo, “santo, inocente, sin mancha” (Hb 7, 26), no conoció el pecado (cf. 2 Co 5, 21), sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo (cf. Hb 2, 17), la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación. La Iglesia continúa su peregrinación “en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios”, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva (cf. 1 Co 11, 26). Se siente fortalecida con la fuerza del Señor resucitado para poder superar con paciencia y amor todos los sufrimientos y dificultades, tanto interiores como exteriores, y revelar en el mundo el misterio de Cristo, aunque bajo sombras, sin embargo, con fidelidad hasta que al final se manifieste a plena luz»[11].

En esta perspectiva, el Año de la fe es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su

[9] Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 57: AAS 93 (2001), 308.

[10] Discurso a la Curia Romana (22 diciembre 2005): AAS 98 (2006), 52.

[11] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.



muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados (cf. Hch 5, 31). Para el apóstol Pablo, este Amor lleva al hombre a una nueva vida: «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6, 4). Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección. En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida. La «fe que actúa por el amor» (Ga 5, 6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre (cf. Rm 12, 2; Col 3, 9-10; Ef 4, 20-29; 2 Co 5, 17).



7. «Caritas Christi urget nos» (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo»[12]. El santo Obispo de Hipona tenía buenos motivos para expresarse de esta manera. Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios.[13] Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la «puerta de la fe».

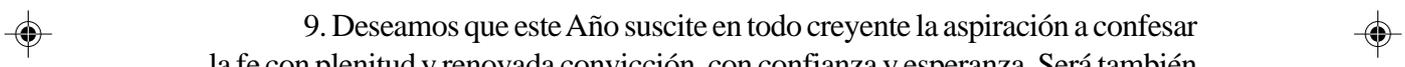
[12] De utilitate credendi, 1, 2.

[13] Cf. Agustín de Hipona, Confesiones, I, 1.



Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un in crescendo continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios.

8. En esta feliz conmemoración, deseo invitar a los hermanos Obispos de todo el Orbe a que se unan al Sucesor de Pedro en el tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para rememorar el don precioso de la fe. Queremos celebrar este Año de manera digna y fecunda. Habrá que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo. Tendremos la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este Año, las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el Credo.



9. Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza»[14]. Al mismo tiempo, esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada[15], y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año.

No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el Credo. Esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo. San Agustín lo recuerda con unas palabras de profundo significado, cuando en un sermón sobre la *redditio symboli*, la entrega del Credo, dice: «El símbolo del sacrosanto misterio que recibisteis todos a la vez y que hoy habéis recitado uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las

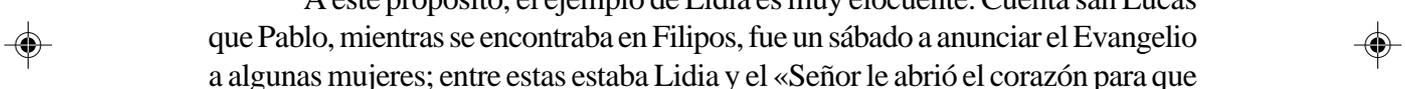
[14] Conc. Ecum. Vat. II, Const. Sacrosanctum Concilium, sobre la sagrada liturgia, 10.

[15] Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 116.



que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base incommovible que es Cristo el Señor. [...] Recibisteis y recitasteis algo que debéis retener siempre en vuestra mente y corazón y repetir en vuestro lecho; algo sobre lo que tenéis que pensar cuando estáis en la calle y que no debéis olvidar ni cuando coméis, de forma que, incluso cuando dormís corporalmente, vigiléis con el corazón»[16].

10. En este sentido, quisiera esbozar un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (cf. Rm 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo.



A este propósito, el ejemplo de Lidia es muy elocuente. Cuenta san Lucas que Pablo, mientras se encontraba en Filipos, fue un sábado a anunciar el Evangelio a algunas mujeres; entre estas estaba Lidia y el «Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (Hch 16, 14). El sentido que encierra la expresión es importante. San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios.

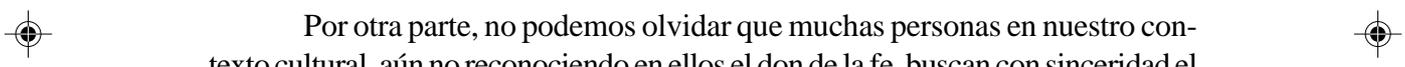
Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso.

[16] Sermo215, 1.



La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: «“Creo”: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. “Creemos”: Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. “Creo”, es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: “creo”, “creemos”»[17].

Como se puede ver, el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor[18].



Por otra parte, no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de «lo que vale y permanece siempre»[19]. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido[20]. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro.

11. Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el Catecismo de la Iglesia Católica un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II. En la

[17] Catecismo de la Iglesia Católica, 167.

[18] Cf. Conc. Ecum. Vat. I, Const. dogm. Dei Filius, sobre la fe católica, cap. III: DS 3008-3009; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Dei Verbum, sobre la divina revelación, 5.

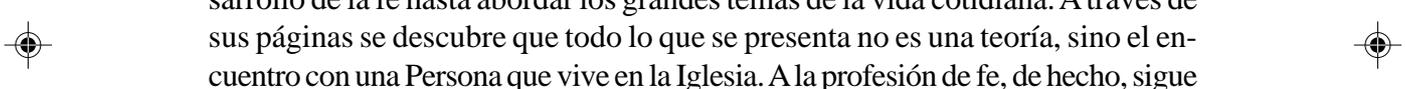
[19] Discurso en el Collège des Bernardins, París (12 septiembre 2008): AAS 100 (2008), 722.

[20] Cf. Agustín de Hipona, Confesiones, XIII, 1.



Constitución apostólica *Fidei depositum*, firmada precisamente al cumplirse el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el beato Juan Pablo II escribía: «Este Catecismo es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial... Lo declaro como regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial»[21].

Precisamente en este horizonte, el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe.



En su misma estructura, el Catecismo de la Iglesia Católica presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del Catecismo sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración.

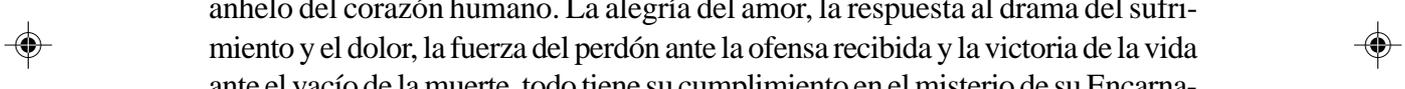
12. Así, pues, el Catecismo de la Iglesia Católica podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural. Para ello, he invitado a la Congregación para la Doctrina de la Fe a que, de acuerdo con los Dicasterios competentes de la Santa Sede, redacte una Nota con la que se ofrezca a la Iglesia y a los creyentes algunas indicaciones para vivir este Año de la fe de la manera más eficaz y apropiada, ayudándoles a creer y evangelizar.

[21] Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992):AAS 86 (1994), 115 y 117.



En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad[22].

13. A lo largo de este Año, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado. Mientras lo primero pone de relieve la gran contribución que los hombres y las mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida, lo segundo debe suscitar en cada uno un sincero y constante acto de conversión, con el fin de experimentar la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos.



Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (Hb 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. Lc 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. Lc 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. Jn 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. Lc 2, 19.51),

[22] Cf. Id., Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998) 34.106: AAS 91 (1999), 31-32. 86-87.



los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14; 2, 1-4).

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (cf. Mt 10, 28). Creyeron en las palabras con las que anunciaba el Reino de Dios, que está presente y se realiza en su persona (cf. Lc 11, 20). Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su muerte (cf. Jn 13, 34-35). Por la fe, fueron por el mundo entero, siguiendo el mandato de llevar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15) y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la resurrección, de la que fueron testigos fieles.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. Hch 2, 42-47).



Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.



Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar. Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. Lc 4, 18-19).

Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban.

También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia.

14. El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la espe-



ranza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Co 13, 13). Con palabras aún más fuertes —que siempre atañen a los cristianos—, el apóstol Santiago dice: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe”» (St 2, 14-18).

La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40): estas palabras tuyas son una advertencia que no se ha de olvidar, y una invitación perenne a devolver ese amor con el que él cuida de nosotros. Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1).

15. Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que «buscara la fe» (cf. 2 Tm 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 Tm 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos comprometemos a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues



sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. Las palabras del apóstol Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: «Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe; la salvación de vuestras almas» (1 P 1, 6-9). La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1, 24), son prelude de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre.



Confiemos a la Madre de Dios, proclamada «bienaventurada porque ha creído» (Lc 1, 45), este tiempo de gracia.



Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de octubre del año 2011, séptimo de mi Pontificado.

BENEDICTO XVI

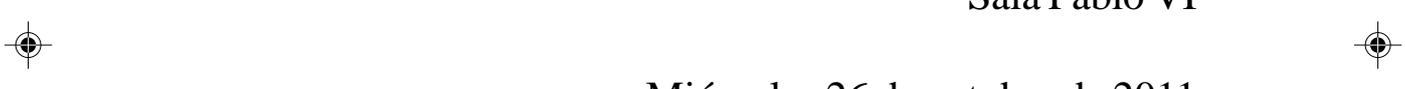


**Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz
y la justicia en el mundo
"Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz".
ASIS 2011**

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Sala Pablo VI



Miércoles 26 de octubre de 2011

Plegaria en preparación del Encuentro de Asís

Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz

Me es grato recibirlos en la Basílica de San Pedro y dar una cordial bienvenida a todos los que no habéis podido acomodaros en el Aula Pablo VI. Uníos siempre a Cristo y dad testimonio del Evangelio con alegría. Os imparto de corazón a todos mi Bendición.

* * *

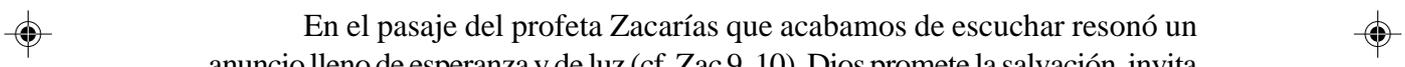
Queridos hermanos y hermanas:

La acostumbrada cita de la audiencia general hoy adquiere un carácter especial, porque estamos en la víspera de la Jornada de reflexión, diálogo y oración



por la paz y la justicia en el mundo, que tendrá lugar mañana en Asís, a los veinticinco años del primer histórico encuentro convocado por el beato Juan Pablo II. Qui- se dar a esta jornada el título: «Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz», para significar el compromiso que queremos renovar solemnemente, junto con los miembros de las distintas religiones, y también con hombres no creyentes pero en búsqueda sincera de la verdad, en la promoción del verdadero bien de la humanidad y en la construcción de la paz. Como ya he recordado, «quien está en camino hacia Dios no puede menos de transmitir paz; quien construye paz no puede menos de acercarse a Dios» (Ángelus, 1 de enero de 2011: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 9 de enero de 2011, p. 7).

Como cristianos, estamos convencidos de que la contribución más valiosa que podemos dar a la causa de la paz es la oración. Por este motivo nos encontramos hoy, como Iglesia de Roma, junto con los peregrinos presentes en la Urbe, a la escucha de la Palabra de Dios, para invocar con fe el don de la paz. El Señor puede iluminar nuestra mente y nuestro corazón y guiarnos a ser constructores de justicia y de reconciliación en nuestras realidades cotidianas y en el mundo.



En el pasaje del profeta Zacarías que acabamos de escuchar resonó un anuncio lleno de esperanza y de luz (cf. Zac 9, 10). Dios promete la salvación, invita a «saltar de gozo» porque esta salvación está a punto de realizarse. Se habla de un rey: «Mira que viene tu rey, justo y triunfador» (v. 9), pero lo que se anuncia no es un rey que se presenta con el poder humano, con la fuerza de las armas; no es un rey que domina con el poder político y militar; es un rey manso, que reina con la humildad y la mansedumbre ante Dios y ante los hombres, un rey distinto respecto a los grandes soberanos del mundo: «montado en un borrico, en un pollino de asna», dice el profeta (ib.). Él se manifiesta montando el animal de la gente común, del pobre, en contraste con los carros de guerra de los ejércitos de los poderosos de la tierra. Más aún, es un rey que hará desaparecer estos carros, romperá los arcos guerreros, proclamará la paz a los pueblos (cf. v. 10).

¿Pero quién es este rey del que habla el profeta Zacarías? Vayamos por un momento a Belén y volvamos a escuchar lo que dice el ángel a los pastores que velaban de noche cuidando su rebaño. El ángel anuncia una alegría que será de todo el pueblo, vinculada a un signo pobre: un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre (cf. Lc 2, 8-12). El ejército celestial canta: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que él ama» (cf. v. 14), a los hombres de buena voluntad. El nacimiento de aquel niño, que es Jesús, trae un anuncio de paz para todo el



mundo. Pero vayamos también a los momentos finales de la vida de Cristo, cuando entra en Jerusalén acogido por una multitud en fiesta. El anuncio del profeta Zacarías de la venida de un rey humilde y manso volvió de modo especial a la mente de los discípulos de Jesús después de los sucesos de la pasión, muerte y resurrección, del Misterio pascual, cuando volvieron con los ojos de la fe al ingreso gozoso del Maestro en la ciudad santa. Él monta un asno, que tomó prestado (cf. Mt 21, 2-7): no va en una suntuosa carroza, ni en un caballo, como los grandes. No entra en Jerusalén acompañado por un poderoso ejército de carros y caballeros. Él es un rey pobre, el rey de los que son los pobres de Dios. En el texto griego aparece el término *praeîs*, que significa los mansos, los apacibles; Jesús es el rey de los *anawim*, de aquellos que tienen el corazón libre del afán de poder y de riqueza material, de la voluntad y de la búsqueda de dominio sobre los demás. Jesús es el rey de cuantos tienen esa libertad interior que hace capaces de superar la avidez, el egoísmo que hay en el mundo, y saben que sólo Dios es su riqueza. Jesús es rey pobre entre los pobres, manso entre aquellos que quieren ser mansos. De este modo él es rey de paz, gracias al poder de Dios, que es el poder del bien, el poder del amor. Es un rey que hará desaparecer los carros y los caballos de batalla, que quebrará los arcos de guerra; un rey que realiza la paz en la cruz, uniendo la tierra y el cielo y construyendo un puente fraterno entre todos los hombres. La cruz es el nuevo arco de paz, signo e instrumento de reconciliación, de perdón, de comprensión; signo de que el amor es más fuerte que todo tipo de violencia y opresión, más fuerte que la muerte: el mal se vence con el bien, con el amor.

Este es el nuevo reino de paz donde Cristo es el rey; y es un reino que se extiende por toda la tierra. El profeta Zacarías anuncia que este rey manso, pacífico, dominará «de mar a mar, desde el Río hasta los extremos del país» (Zac 9, 10). El reino que Cristo inaugura tiene dimensiones universales. El horizonte de este rey pobre, manso, no es el de un territorio, de un Estado, sino que son los confines del mundo. Él crea comunión, crea unidad, más allá de toda barrera de raza, lengua o cultura. ¿Dónde vemos hoy la realización de este anuncio? La profecía de Zacarías reaparece luminosa en la gran red de las comunidades eucarísticas que se extiende en toda la tierra. Es un gran mosaico de comunidades en las que se hace presente el sacrificio de amor de este rey manso y pacífico; es el gran mosaico que constituye el «Reino de paz» de Jesús de mar a mar hasta los confines del mundo; es una multitud de «islas de paz», que irradian paz. Por todos lados, en todo lugar, en toda cultura, desde las grandes ciudades con sus edificios hasta los pequeños poblados con las humildes moradas, desde las grandes catedrales hasta las pequeñas capillas, él viene, se hace presente;



y al entrar en comunión con él también los hombres están unidos entre ellos en un único cuerpo, superando la división, la rivalidad, los rencores. El Señor viene en la Eucaristía para sacarnos de nuestro individualismo, de nuestros particularismos que excluyen a los demás, para hacer de nosotros un solo cuerpo, un solo reino de paz en un mundo dividido.

¿Pero cómo podemos construir este reino de paz del que Cristo es el rey? El mandamiento que él deja a sus Apóstoles y, a través de ellos, a todos nosotros es: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos... Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos» (Mt 28, 19.21). Como Jesús, los mensajeros de paz de su reino deben ponerse en camino, deben responder a su invitación. Deben ir, pero no con el poder de la guerra o con la fuerza del poder. En el pasaje del Evangelio que hemos escuchado Jesús envía a setenta y dos discípulos a la gran mies que es el mundo, invitándolos a rogar al Señor de la mies que no falten nunca obreros a su mies (cf. Lc 10, 1-3); pero no los envía con medios poderosos, sino «como corderos en medio de lobos» (v. 3), sin bolsa, ni alforja, ni sandalias (cf. v. 4). San Juan Crisóstomo, en una de sus homilías, comenta: «Mientras seamos corderos, venceremos e, incluso si estamos rodeados por numerosos lobos, lograremos vencerlos. Pero si nos convertimos en lobos, seremos vencidos, porque estaremos privados de la ayuda del pastor» (Homilía 33, 1: PG 57, 389). Los cristianos no deben nunca ceder a la tentación de convertirse en lobos entre los lobos; el reino de paz de Cristo no se extiende con el poder, con la fuerza, con la violencia, sino con el don de uno mismo, con el amor llevado al extremo, incluso hacia los enemigos. Jesús no vence al mundo con la fuerza de las armas, sino con la fuerza de la cruz, que es la verdadera garantía de la victoria. Y para quien quiere ser discípulo del Señor, su enviado, esto tiene como consecuencia el estar preparado también a la pasión y al martirio, a perder la propia vida por él, para que en el mundo triunfen el bien, el amor, la paz. Esta es la condición para poder decir, entrando en cada realidad: «Paz a esta casa» (Lc 10, 5).

Delante de la basílica de San Pedro hay dos grandes estatuas de san Pedro y san Pablo, fácilmente identificables: san Pedro tiene en la mano las llaves, san Pablo en cambio sostiene una espada. Quien no conoce la historia de este último podría pensar que se trata de un gran caudillo que guió grandes ejércitos y con la espada sometió pueblos y naciones, procurándose fama y riqueza con la sangre de los demás. En cambio, es exactamente lo contrario: la espada que tiene entre las manos es el instrumento con el que mataron a Pablo, con el que sufrió el martirio y



derramó su propia sangre. Su batalla no fue la de la violencia, de la guerra, sino la del martirio por Cristo. Su única arma fue precisamente el anuncio de «Jesucristo, y este crucificado» (1 Co 2, 2). Su predicación no se basó en «persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu» (v. 4). Dedicó su vida a llevar el mensaje de reconciliación y de paz del Evangelio, gastando sus energías para hacerlo resonar hasta los confines de la tierra. Esta fue su fuerza: no buscó una vida tranquila, cómoda, alejada de las dificultades, de las contrariedades, sino que se gastó por el Evangelio, se entregó sin reservas, y así se convirtió en el gran mensajero de la paz y de la reconciliación de Cristo. La espada que san Pablo tiene en sus manos remite también al poder de la verdad, que a menudo puede herir, puede hacer mal. El Apóstol fue fiel a esta verdad hasta el final, fue su servidor, sufrió por ella, entregó su vida por ella. Esta misma lógica es válida también para nosotros, si queremos ser portadores del reino de paz anunciado por el profeta Zacarías y realizado por Cristo: debemos estar dispuestos a pagar en persona, a sufrir en primera persona la incomprensión, el rechazo, la persecución. No es la espada del conquistador la que construye la paz, sino la espada de quien sufre, de quien sabe donar la propia vida.



Queridos hermanos y hermanas, como cristianos queremos invocar de Dios el don de la paz, queremos pedirle que nos haga instrumentos de su paz en un mundo todavía desgarrado por el odio, las divisiones, los egoísmos, las guerras; queremos pedirle que el encuentro de mañana en Asís favorezca el diálogo entre personas de distintas pertenencias religiosas y traiga un rayo de luz capaz de iluminar la mente y el corazón de todos los hombres, para que el rencor ceda el paso al perdón, la división a la reconciliación, el odio al amor, la violencia a la mansedumbre, y en el mundo reine la paz. Amén.



LLAMAMIENTO

Queridos hermanos y hermanas, en este momento mi pensamiento se dirige a las poblaciones de Turquía duramente afectadas por el terremoto que ha causado graves pérdidas de vidas humanas, numerosos dispersos e ingentes daños. Os invito a uniros a mí en la oración por aquellos que han perdido la vida y a estar espiritualmente cercanos a tantas personas tan duramente probadas. Que el Altísimo sostenga a todos los que están comprometidos en las labores de rescate.



Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España, México, Costa Rica, Argentina y otros países latinoamericanos. Invito a todos a ser incansables en construir la paz, y pedir al Señor que este don de su gracia reine en las naciones y en el corazón de todos los hombres.

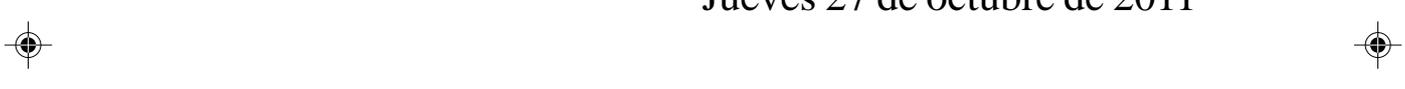




Intervención del Santo Padre

Asís, Basílica de Santa María de los Ángeles

Jueves 27 de octubre de 2011



Queridos hermanos y hermanas,
Distinguidos Jefes y representantes de las Iglesias y Comunidades eclesiales
y de las Religiones del mundo,
queridos amigos

Han pasado veinticinco años desde que el beato Papa Juan Pablo II invitó por vez primera a los representantes de las religiones del mundo a Asís para una oración por la paz. ¿Qué ha ocurrido desde entonces? ¿A qué punto está hoy la causa de la paz? En aquel entonces, la gran amenaza para la paz en el mundo provenía de la división del planeta en dos bloques contrastantes entre sí. El símbolo llamativo de esta división era el muro de Berlín que, pasando por el medio de la ciudad, trazaba la frontera entre dos mundos. En 1989, tres años después de Asís, el muro cayó sin derramamiento de sangre. De repente, los enormes arsenales que había tras el muro dejaron de tener sentido alguno. Perdieron su capacidad de aterrorizar. El deseo de los pueblos de ser libres era más



fuerte que los armamentos de la violencia. La cuestión sobre las causas de este derrumbe es compleja y no puede encontrar una respuesta con fórmulas simples. Pero, junto a los factores económicos y políticos, la causa más profunda de dicho acontecimiento es de carácter espiritual: detrás del poder material ya no había ninguna convicción espiritual. Al final, la voluntad de ser libres fue más fuerte que el miedo ante la violencia, que ya no contaba con ningún respaldo espiritual. Apreciamos esta victoria de la libertad, que fue sobre todo también una victoria de la paz. Y es preciso añadir en este contexto que, aunque no se tratara sólo, y quizás ni siquiera en primer lugar, de la libertad de creer, también se trataba de ella. Por eso podemos relacionar también todo esto en cierto modo con la oración por la paz.



Pero, ¿qué ha sucedido después? Desgraciadamente, no podemos decir que desde entonces la situación se haya caracterizado por la libertad y la paz. Aunque no haya a la vista amenazas de una gran guerra, el mundo está desafortunadamente lleno de discordia. No se trata sólo de que haya guerras frecuentemente aquí o allá; es que la violencia en cuanto tal siempre está potencialmente presente, y caracteriza la condición de nuestro mundo. La libertad es un gran bien. Pero el mundo de la libertad se ha mostrado en buena parte carente de orientación, y muchos tergiversan la libertad entendiéndola como libertad también para la violencia. La discordia asume formas nuevas y espantosas, y la lucha por la paz nos debe estimular a todos nosotros de modo nuevo.



Tratemos de identificar más de cerca los nuevos rostros de la violencia y la discordia. A grandes líneas –según mi parecer– se pueden identificar dos tipologías diferentes de nuevas formas de violencia, diametralmente opuestas por su motivación, y que manifiestan luego muchas variantes en sus particularidades. Tenemos ante todo el terrorismo, en el cual, en lugar de una gran guerra, se emplean ataques muy precisos, que deben golpear destructivamente en puntos importantes al adversario, sin ningún respeto por las vidas humanas inocentes que de este modo resultan cruelmente heridas o muertas. A los ojos de los responsables, la gran causa de perjudicar al enemigo justifica toda forma de crueldad. Se deja de lado todo lo que en el derecho internacional ha sido comúnmente reconocido y sancionado como límite a la violencia. Sabemos que el terrorismo es a menudo motivado religiosamente y que, precisamente el carácter religioso de los ataques sirve como justificación para una crueldad despiadada, que cree poder relegar las normas del derecho en razón del «bien» pretendido. Aquí, la religión no está al servicio de la paz, sino de la justificación de la violencia.



A partir de la Ilustración, la crítica de la religión ha sostenido reiteradamente que la religión era causa de violencia, y con eso ha fomentado la hostilidad contra las religiones. En este punto, que la religión motive de hecho la violencia es algo que, como personas religiosas, nos debe preocupar profundamente. De una forma más sutil, pero siempre cruel, vemos la religión como causa de violencia también allí donde se practica la violencia por parte de defensores de una religión contra los otros. Los representantes de las religiones reunidos en Asís en 1986 quisieron decir – y nosotros lo repetimos con vigor y gran firmeza – que esta no es la verdadera naturaleza de la religión. Es más bien su deformación y contribuye a su destrucción. Contra eso, se objeta: Pero, ¿cómo sabéis cuál es la verdadera naturaleza de la religión? Vuestra pretensión, ¿no se deriva quizás de que la fuerza de la religión se ha apagado entre vosotros? Y otros dirán: ¿Acaso existe realmente una naturaleza común de la religión, que se manifiesta en todas las religiones y que, por tanto, es válida para todas? Debemos afrontar estas preguntas si queremos contrastar de manera realista y creíble el recurso a la violencia por motivos religiosos. Aquí se coloca una tarea fundamental del diálogo interreligioso, una tarea que se ha de subrayar de nuevo en este encuentro. A este punto, quisiera decir como cristiano: Sí, también en nombre de la fe cristiana se ha recurrido a la violencia en la historia. Lo reconocemos llenos de vergüenza. Pero es absolutamente claro que éste ha sido un uso abusivo de la fe cristiana, en claro contraste con su verdadera naturaleza. El Dios en que nosotros los cristianos creemos es el Creador y Padre de todos los hombres, por el cual todos son entre sí hermanos y hermanas y forman una única familia. La Cruz de Cristo es para nosotros el signo del Dios que, en el puesto de la violencia, pone el sufrir con el otro y el amar con el otro. Su nombre es «Dios del amor y de la paz» (2 Co 13,11). Es tarea de todos los que tienen alguna responsabilidad de la fe cristiana el purificar constantemente la religión de los cristianos partiendo de su centro interior, para que – no obstante la debilidad del hombre – sea realmente instrumento de la paz de Dios en el mundo.

Si bien una tipología fundamental de la violencia se funda hoy religiosamente, poniendo con ello a las religiones frente a la cuestión sobre su naturaleza, y obligándonos todos a una purificación, una segunda tipología de violencia de aspecto multiforme tiene una motivación exactamente opuesta: es la consecuencia de la ausencia de Dios, de su negación, que va a la par con la pérdida de humanidad. Los enemigos de la religión – como hemos dicho – ven en ella una fuente primaria de violencia en la historia de la humanidad, y pretenden por tanto la desaparición de la religión. Pero el «no» a Dios ha producido una crueldad y una violencia sin medida, que ha sido posible sólo porque el hombre ya no reconocía norma alguna ni juez



alguno por encima de sí, sino que tomaba como norma solamente a sí mismo. Los horrores de los campos de concentración muestran con toda claridad las consecuencias de la ausencia de Dios.

Pero no quisiera detenerme aquí sobre el ateísmo impuesto por el Estado; quisiera hablar más bien de la «decadencia» del hombre, como consecuencia de la cual se produce de manera silenciosa, y por tanto más peligrosa, un cambio del clima espiritual. La adoración de Mamón, del tener y del poder, se revela una anti-religión, en la cual ya no cuenta el hombre, sino únicamente el beneficio personal. El deseo de felicidad degenera, por ejemplo, en un afán desenfrenado e inhumano, como se manifiesta en el sometimiento a la droga en sus diversas formas. Hay algunos poderosos que hacen con ella sus negocios, y después muchos otros seducidos y arruinados por ella, tanto en el cuerpo como en el ánimo. La violencia se convierte en algo normal y amenaza con destruir nuestra juventud en algunas partes del mundo. Puesto que la violencia llega a hacerse normal, se destruye la paz y, en esta falta de paz, el hombre se destruye a sí mismo



La ausencia de Dios lleva al decaimiento del hombre y del humanismo. Pero, ¿dónde está Dios? ¿Lo conocemos y lo podemos mostrar de nuevo a la humanidad para fundar una verdadera paz? Resumamos ante todo brevemente las reflexiones que hemos hecho hasta ahora. He dicho que hay una concepción y un uso de la religión por la que esta se convierte en fuente de violencia, mientras que la orientación del hombre hacia Dios, vivido rectamente, es una fuerza de paz. En este contexto me he referido a la necesidad del diálogo, y he hablado de la purificación, siempre necesaria, de la religión vivida. Por otro lado, he afirmado que la negación de Dios corrompe al hombre, le priva de medidas y le lleva a la violencia.



Junto a estas dos formas de religión y anti-religión, existe también en el mundo en expansión del agnosticismo otra orientación de fondo: personas a las que no les ha sido dado el don de poder creer y que, sin embargo, buscan la verdad, están en la búsqueda de Dios. Personas como éstas no afirman simplemente: «No existe ningún Dios». Sufren a causa de su ausencia y, buscando lo auténtico y lo bueno, están interiormente en camino hacia Él. Son «peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz». Plantean preguntas tanto a una como a la otra parte. Despojan a los ateos combativos de su falsa certeza, con la cual pretenden saber que no hay un Dios, y los invitan a que, en vez de polémicos, se conviertan en personas en búsqueda, que no pierden la esperanza de que la verdad exista y que nosotros podemos y debemos vivir en función de ella. Pero también llaman en causa a los seguido-



res de las religiones, para que no consideren a Dios como una propiedad que les pertenece a ellos hasta el punto de sentirse autorizados a la violencia respecto a los demás. Estas personas buscan la verdad, buscan al verdadero Dios, cuya imagen en las religiones, por el modo en que muchas veces se practican, queda frecuentemente oculta. Que ellos no logren encontrar a Dios, depende también de los creyentes, con su imagen reducida o deformada de Dios. Así, su lucha interior y su interrogarse es también una llamada a nosotros creyentes, a todos los creyentes a purificar su propia fe, para que Dios –el verdadero Dios– se haga accesible. Por eso he invitado de propósito a representantes de este tercer grupo a nuestro encuentro en Asís, que no sólo reúne representantes de instituciones religiosas. Se trata más bien del estar juntos en camino hacia la verdad, del compromiso decidido por la dignidad del hombre y de hacerse cargo en común de la causa de la paz, contra toda especie de violencia destructora del derecho. Para concluir, quisiera asegurarnos que la Iglesia católica no cejará en la lucha contra la violencia, en su compromiso por la paz en el mundo. Estamos animados por el deseo común de ser «peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz». Muchas gracias.





PALABRAS DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI EN LA CONCLUSIÓN DE LA JORNADA

Asís, Plaza de San Francisco



Jueves 27 de octubre de 2011



Ilustres invitados,
queridos amigos:

Al término de esta intensa jornada quiero daros las gracias a todos. Dirijo un vivo agradecimiento a quienes hicieron posible este encuentro. Agradezco en particular, una vez más, a quien nos ha acogido: la ciudad de Asís, la comunidad de esta diócesis con su obispo, los hijos de san Francisco, que custodian la preciosa herencia espiritual del «Poverello» de Asís. Gracias también a los numerosos jóvenes que realizaron la peregrinación a pie desde Santa María de los Ángeles para testimoniar que, entre las nuevas generaciones, son muchos los que se comprometen para vencer violencias y divisiones, y ser promotores de justicia y de paz.

El encuentro de hoy es expresión de que la dimensión espiritual es un elemento clave en la construcción de la paz. A través de esta peregrinación única



hemos podido comprometernos en el diálogo fraterno, profundizar en nuestra amistad y unirnos en silencio y oración.

Después de renovar nuestro compromiso en favor de la paz e intercambiar un signo de paz, nos sentimos implicados cada vez más profundamente, junto a todos los hombres y mujeres de las comunidades que representamos, en nuestro viaje humano común.

No nos estamos separando. Seguiremos encontrándonos, continuaremos unidos en este viaje, en el diálogo, en la edificación cotidiana de la paz, en nuestro compromiso en favor de un mundo mejor, un mundo donde cada hombre y cada mujer puedan vivir según sus legítimas aspiraciones.

De todo corazón os doy las gracias a todos los presentes por haber aceptado mi invitación a venir a Asís como peregrinos de la verdad y de la paz; y os saludo a cada uno con las palabras de san Francisco: «Que el Señor os conceda la paz».





DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
A LAS DELEGACIONES QUE PARTICIPARON
EN EL ENCUENTRO DE ASÍS

Sala Clementina



Viernes 28 de octubre de 2011

Distinguidos huéspedes, queridos amigos:

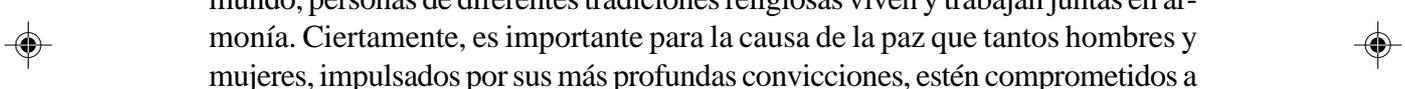
Os acojo esta mañana en el palacio apostólico y os agradezco una vez más vuestra disponibilidad a participar en la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo, que celebramos ayer en Asís, veinticinco años después de aquel primer encuentro histórico.

En cierto sentido, esta reunión representa a los miles de millones de hombres y mujeres que en todo el mundo están comprometidos activamente en la promoción de la justicia y de la paz. También es un signo de la amistad y la fraternidad que ha florecido como fruto de los esfuerzos de tantos pioneros en este tipo de diálogo. Que esta amistad siga creciendo entre todos los seguidores de las religiones del mundo y con los hombres y mujeres de buena voluntad en todo lugar.



Agradezco a mis hermanos y hermanas cristianos su presencia fraternal. Asimismo, expreso mi agradecimiento a los representantes del pueblo judío, que está especialmente cercano a nosotros, y a todos vosotros, distinguidos representantes de las religiones del mundo. Soy consciente de que muchos habéis venido de lejos y habéis realizado un arduo viaje. Manifiesto mi gratitud también a quienes representan a las personas de buena voluntad que no siguen ninguna tradición religiosa, pero están comprometidas en la búsqueda de la verdad. Han querido compartir esta peregrinación con nosotros como signo de su deseo de cooperar en la construcción de un mundo mejor.

Mirando hacia atrás, podemos apreciar la clarividencia del Papa Juan Pablo II al convocar el primer encuentro de Asís, y la necesidad continua de hombres y mujeres de distintas religiones de testimoniar juntos que el viaje del espíritu siempre es un viaje de paz.



Los encuentros de este tipo son necesariamente excepcionales y poco frecuentes; sin embargo, son una expresión viva del hecho de que cada día, en todo el mundo, personas de diferentes tradiciones religiosas viven y trabajan juntas en armonía. Ciertamente, es importante para la causa de la paz que tantos hombres y mujeres, impulsados por sus más profundas convicciones, estén comprometidos a trabajar por el bien de la familia humana.

De este modo, estoy seguro de que el encuentro de ayer nos ha hecho comprender cuán genuino es nuestro deseo de contribuir al bien de todos los seres humanos y lo mucho que podemos compartir con los demás.

Al separarse nuestros caminos, saquemos fuerza de esta experiencia y, dondequiera que estemos, sigamos renovados el viaje que conduce a la verdad, la peregrinación que lleva a la paz. ¡Os doy las gracias de todo corazón!

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 188 Euros (mes 15,67 Euros)
50 ejemplares año . . . 364 Euros (mes 30,33 Euros)
100 ejemplares año . . . 620 Euros (mes 51,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid

